
archivos analíticos de políticas educativas

Revista académica evaluada por pares,
independiente, de acceso abierto
y multilingüe



Arizona State University

Volumen 18 Número 25

20 de Octubre 2010

ISSN 1068-2341

Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina

Judith Naidorf
Alejandra B. Martinetto
Silvina A. Sturniolo
Julieta Armella

Universidad de Buenos Aires
Argentina

Citación: Naidorf, J., Martinetto, A. B.; Sturniolo, S. A. y Armella, J.. (2010) Reflexiones sobre el rol de los intelectuales en América Latina. *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 18 (25). Recuperado [fecha] de: <http://epaa.asu.edu/ojs/article/view/730>

Resumen: En este trabajo nos proponemos abordar algunos aspectos teórico - conceptuales que contribuyan a la reflexión sobre la especificidad del papel del intelectual latinoamericano actual. Los aportes de diversos autores nos ayudarán a caracterizar un rol que se encuentra en permanente reformulación, análisis y discusión. La propuesta es retomar los desarrollos teóricos de la categoría de intelectual, desde Antonio Gramsci e Immanuel Wallerstein principalmente, pasando por sus momentos más intensos en la década del 60-70 con Sartre y Foucault en Europa. También se rescatan las contribuciones realizadas por Pierre Bourdieu, Sousa Santos y los aportes para América Latina de Fals Borda, Florestán Fernández, Octavio Ianni y Eliseo Verón, entre otros. Además se incluyen como ejemplos declaraciones del subcomandante Marcos para el EZLN y se hace referencia a los análisis realizados por Julio Gambina y Daniel Campione para el caso argentino. No es interés de

Trabajo recibido: 02/24/2010
Revisiones recibidas: 06/23/2010
Aceptado: 08/15/2010

este trabajo arribar a definiciones acabadas acerca de la función social del intelectual sino aportar a un debate no nuevo pero siempre vigente.

Palabras claves: Intelectuales- funciones del intelectual- proceso político- histórico- social.

Reflections about the role of the intellectuals in Latin America

Abstract: The purpose of this paper is to address some theoretical aspects - concepts that contribute to reflection on the specific role of the current Latin American intellectual. The contributions of various authors will help us to characterize a role that is constantly rethought, analyzed and disputed. The proposal is to retake the theoretical developments in the category "intellectual" from Antonio Gramsci and Immanuel Wallerstein mainly, but making reference to its most intense moments in the 60-70 decades with Sartre and Foucault in Europe. It also highlights the contributions made by Pierre Bourdieu, Sousa Santos and the contributions to Latin America by Fals Borda, Florestan Fernandez, Octavio Ianni and Eliseo Veron, among others. Also included are examples of statements for the EZLN by Subcomandante Marcos and refers to the analysis performed by Julio Gambina and Daniel Campione for the Argentine case. It's not the interest of this work to arrive at definitions finished about the social function of intellectual debate but to contribute to a not new but always relevant.

Key words: Intellectuals, intellectuals' functions, political-historical and social process.

Reflexões sobre o papel dos intelectuais na América Latina

Resumo: Neste trabalho pretendemos abordar alguns aspectos teóricos-conceituais que contribuem para a reflexão sobre especificidade do papel do intelectual latino-americano atual. As contribuições de diferentes autores nos ajudam a caracterizar um papel que está constantemente sendo repensado, a analisado e discutido. A proposta é revisitar aos desenvolvimentos teóricos sobre o "intellectual" de Antonio Gramsci e Emanuel Wallerstein principalmente através dos debates mais intensos na década de 60-70 com Sartre e Foucault na Europa. Também se destacam as contribuições feitas por Pierre Bourdieu, Sousa Santos e contribuições desde América Latina de Fals Borda, Florestan Fernandes, Octavio Ianni e Eliseu Veron, entre outros. Também estão incluídos como exemplos declarações do subcomandante Marcos do EZLN e referências aos análises realizadas por Julio Gambina e Daniel Campione para o caso argentino. Este trabalho não pretende chegar a definições acabadas sobre a função social do intelectual, mas contribuir ao debate que não é novo, mas ainda tem vigencia.

Palavras-chave: intelectuais; as funções intelectuais; processo político; processo histórico-social.

Intelectuales en América Latina: Introducción¹

... aquellos intelectuales aparentemente menos preocupados con la política, como los sociólogos “científicos” o “puros” de la escuela empírica, que han respondido a su manera a las necesidades políticas de sus sociedades, saturando sus obras con racionalizaciones y mediciones de los sistemas vigentes, han llegado hasta a servir (consciente o inconscientemente) a estados beligerantes a través de sus investigaciones... (Fals Borda, 1969: 114)

Fals Borda propone estudiar el problema del *compromiso* como un hecho social en sí mismo. Su interpelación exige una reflexión detenida a la hora de debatir acerca del rol del intelectual latinoamericano.

Existe aquí, desde su origen, un grave problema semántico que debe resolverse, semejante al de otros conceptos ambiguos de nuestra lengua (como *subversión*, *política*, *igualdad*) que reflejan nuestro condicionamiento cultural y la socialización incongruente con el cambio a que nos hemos visto sometidos desde la niñez. Los franceses tienen la ventaja de emplear dos palabras que dan cuenta de las diferencias que en el español quedan cobijadas por una sola: *engagement* y *compromis*. (Fals Borda, 1974)

La idea Sartreana de *engagement* es la que más se acerca al concepto de *compromiso* del intelectual que queremos recuperar aquí: es la acción o la actitud de la persona que, al tomar conciencia de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo, renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa. En tiempos de crisis social esta causa es una transformación significativa que permita sortear esa situación decisivamente, creando una sociedad mejor a la existente. Por lo tanto, haciendo por ahora abstracción de los medios (lo que plantea un problema sociológico distinto, más complejo), el compromiso con esta causa es la acción válida, el *engagement* consecuente. Lo anterior se define como el *compromiso-acción*.

El otro compromiso, el *compromis* francés, implica el transigir, hacer concesiones, arreglos, arbitrajes, entregas o claudicaciones. Es el *compromiso-pacto* “que anima consciente o inconscientemente a los que se creen neutrales en situaciones críticas y a todos aquellos que abren sus flancos a procesos de captación” (Fals Borda, 1974: 107).

Naturalmente, habrá tantas modalidades de compromiso-acción como decisiones se tomen sobre el particular. Por ello, para saber si la decisión es consecuente con la causa, se

¹ Este ensayo es una elaboración que hemos llevado a cabo durante diversos periodos de nuestro trabajo. Comenzó como una ponencia para la *International Sociological Association (ISA)-2004* “Globalización, Educación, Resistencia y Tecnologías: la responsabilidad social de la sociología de la educación frente a los Movimientos sociales emergentes”, llevada a cabo en Buenos Aires, Argentina, entre el 25 y el 28 de agosto de 2004, en la cual participamos como integrantes del proyecto UBACyT dirigido por la M.A. Silvia Y. Llomovatte. Continuó más tarde como parte de nuestro trabajo en el grupo de Investigación sobre *Privatización del Conocimiento*, del Departamento de Educación del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, entre los años 2005 y 2006, y que retomamos en el marco del actual UBACyT. Todas las autoras son integrantes con una subárea a cargo del: UBACyT código F-089 (2008 –2010): “sociología de la educación y compromiso social. Dimensiones y debates en el campo de la vinculación universidad – sociedad. Dimensiones y debates socioeducativos en el campo de la formación de trabajadores.” Directora: M. A. Silvia Y. Llomovatte.

vuelve necesario buscar criterios definidos, como aquellos ofrecidos por la definición Sartreana de *engagement*.

El compromiso-acción es, esencialmente, una actitud personal del científico ante las realidades en que se encuentra, lo que implica en su mente, la convergencia de dos planos: el de la conciencia de los problemas que observa y el del conocimiento de la teoría y conceptos aplicables a esos problemas. Estos dos niveles no son paralelos ni independientes: son dimensiones simbióticas de un mismo conjunto científico, que ejercen mutuos efectos en el proceso de sistematización y avance del conocimiento.

Por eso el compromiso-acción, aunque ideológico, no queda por fuera de los procesos científicos, por el contrario, como veremos más adelante, los enriquece y estimula. Una vez adoptada esta actitud, el compromiso-acción lleva al intelectual a tomar una serie de decisiones que condicionan su orientación profesional y su producción técnica. Estas decisiones tienen las siguientes consecuencias en la acción, de donde se puede juzgar el tipo y la calidad del compromiso que adopta.

Nos proponemos en esta indagación, realizar un recorrido sobre la construcción de la categoría *intelectual* -y el sentido de Fals Borda un intelectual comprometido-, retomando a Antonio Gramsci como punto de partida, quién analizó las funciones específicas de estos grupos dentro de la sociedad. Intentaremos enriquecer la reflexión sobre el rol de los intelectuales en América Latina con una selección de autores como Pierre Bourdieu, Michel Foucault e Immanuel Wallerstein sumada a otras definiciones elaboradas por algunos intelectuales latinoamericanos tratando de analizar las características particulares y distintivas - si las hay- propias de nuestra región. Estos últimos seleccionados fueron algunos de los protagonistas que contribuyeron al proceso de conformación de las Ciencias Sociales en América Latina.

Los intelectuales según Gramsci. Recuperando conceptos clásicos

Comenzar este trabajo por los escritos de Antonio Gramsci tiene una doble razón de ser: por un lado, es el teórico posrevolución comunista que define la categoría *intelectual* que más ha impactado durante todo el siglo XX en los escritos sociológicos a partir de la descripción de su función en relación con los grupos sociales. Por el otro, y no menos importante, consideramos que el hecho de contar con sus *Cuadernos de cárcel*, escritos como construcción de pensamiento, de teoría, sin la intencionalidad de publicación, sino más bien como borradores de un proyecto por venir, nos muestra los meandros del pensamiento de un intelectual que analiza su propia realidad en relación con las realidades circundantes, el proceso histórico europeo, el italiano en particular, y el devenir posible de las otras regiones; los posibles mundos futuros, el futuro de la revolución y la función de los intelectuales en ese entramado posible. Se constituye así en un ejemplo de intelectual comprometido con su tiempo que nos brinda herramientas esenciales para quienes estudiamos la política pública educativa.

El interés central de la teoría Gramsciana² redonda en su capacidad para analizar al intelectual en relación con los grupos sociales de pertenencia y con los que se conecta. En

² Fernández Buey dice: “de Gramsci se podría decir algo parecido a lo que dijo Brecht de la buena gente: incluso cuando se equivocan en una encrucijada, nos hacen pensar en lo que podría haber sido el camino recto. Que llegue a haber camino, aunque sea oblicuo, hacia una sociedad regulada, pacífica y de iguales, como la que él quería, no depende ya de Gramsci. Depende de nosotros, de los lectores de Gramsci en la época del posfordismo, de la fragmentación de la clase obrera, del uniformismo

este sentido, retomamos una de sus preguntas centrales: “¿Los intelectuales son un grupo social autónomo e independiente, o por el contrario cada grupo social tiene una categoría propia y especializada de intelectuales?” (Gramsci, 1975: 11).

Gramsci afirma que cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia a la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el campo social y político. Así, el intelectual se caracteriza por su capacidad de organización de una nueva cultura funcional al desempeño del grupo, según el lugar que este último asume en la producción y se caracteriza por su capacidad dirigente y técnica (o sea intelectual).

Esta capacidad técnica se circunscribe no sólo a su actividad, sino también a otras esferas, por lo menos a aquellas más directamente ligadas a la actividad económica (debe ser un organizador de masas de hombres; un organizador de la confianza de los inversores de la empresa, de los compradores de sus mercancías, etc.)

Según Gramsci (1975) la clase social dominante, por lo menos una élite de ellos, debe tener capacidad para la organización de la sociedad en general. Ésta, en tanto complejo organismo de servicios, incluye a la misma organización estatal. La capacidad de organización de la clase dominante implica la necesidad de crear las condiciones más favorables para la expansión de la propia clase, o como mínimo debe poseer la capacidad para seleccionar a los encargados a los que se pueda confiar esa actividad organizativa.

El grupo social de origen de los encargados o intelectuales seleccionados no siempre coincide con el grupo al que se conecta.

Tipos de intelectuales

Por otra parte, Gramsci sostiene que, al surgir en la historia, cada clase social genera sus propios intelectuales, a quienes denomina *intelectuales orgánicos*. Pero cada clase social también recurre a intelectuales pre-existentes de épocas anteriores. El autor diferencia dos tipos de intelectuales: *tradicionales y modernos*. Esta diferenciación se basa en la historicidad de cada grupo. Así, los intelectuales eclesiásticos pueden ser considerados tradicionales por haber monopolizado durante largo tiempo la ciencia y la filosofía de la época y los *modernos* serían los ligados al progreso social.

Según su lectura, la masa de los campesinos, aunque cumple una función esencial en el mundo de la producción, no genera sus propios intelectuales *orgánicos* y tampoco asimila ningún grupo de intelectuales tradicionales. Sin embargo, otros grupos sociales extraen muchos de sus intelectuales de la masa de campesinos y gran parte de los intelectuales tradicionales son de origen campesino.

Gramsci define a los intelectuales orgánicos como los que cada clase crea junto a ella (orgánicos de su clase) y en general forma en su desarrollo progresivo especializaciones de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz (Gramsci, 1975).

Desde esta perspectiva, es el intelectual el encargado de dar homogeneidad y conciencia al grupo social en el campo económico, social y político. El intelectual participa en una concepción del mundo, tiene una consciente línea de conducta moral y por eso contribuye a sostener y modificar esa concepción del mundo suscitando nuevos modos de pensar.

cultural inducido, de la sociedad del espectáculo, de la nueva esclavitud, de la prostitución rampante de las hijas y nietas de los que tanto esperaron de la reforma moral e intelectual, pero también de la protesta contra la globalización imperialista” (Fernández Buey, 2001: 11)

Límites al concepto de intelectual

Al respecto reflexiona: “¿cuáles son los límites *máximos* que admite el término *intelectual*? ¿Se puede encontrar un criterio unitario para caracterizar igualmente todas las diversas y variadas actividades intelectuales y para distinguir a éstas al mismo tiempo y de modo esencial de las actividades de las otras agrupaciones sociales? El obrero o proletario, por ejemplo, no se caracteriza específicamente por el trabajo manual o instrumental, sino por la situación de ese trabajo en determinadas condiciones y en determinadas relaciones sociales. En este sentido, “no hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens*” (Gramsci, 1975;14).

Desde su perspectiva, si bien todos los hombres son intelectuales, no todos tienen la función de intelectuales en la sociedad. Al respecto Gramsci plantea que el criterio de distinción no debe buscarse en lo intrínseco de las actividades intelectuales sino en el conjunto del sistema de relaciones en que estas actividades se hallan, es decir en el complejo general de las relaciones sociales.

La distinción entre intelectuales y no intelectuales hace referencia a la inmediata función social de la categoría profesional de los intelectuales y su actividad específica ya sea en la elaboración intelectual o manual. Esto significa que si se puede hablar de intelectuales, no tiene sentido hablar de no-intelectuales, porque los no-intelectuales no existen. Pero la misma relación entre esfuerzo de elaboración intelectual-cerebral y esfuerzo nervioso-muscular no es siempre igual; por eso se dan diversos grados de actividad específicamente intelectual.

Cada nuevo grupo intelectual supone la elaboración crítica de la actividad práctica general en tanto renovadora del mundo físico y social. Estas transformaciones son el fundamento de una nueva e integral concepción del mundo. En otras palabras, la creación de un nuevo grupo intelectual implica que la actividad práctica general (la que tiene que ver con el esfuerzo nervioso-muscular) sea el fundamento de una nueva e integral concepción del mundo. Esto supone elaborar críticamente la actividad en cierto grado de desarrollo y la búsqueda de un nuevo equilibrio que permita lo antedicho: que la actividad práctica sea fundamento de una nueva concepción del mundo.

De esta manera trabajo intelectual y manual dejan de estar completamente disociados para conformar, el segundo, *la base* del primero, entendiendo de esa manera el nacimiento de un nuevo tipo de intelectual distinto del tradicional.

Así Gramsci desde esta concepción nos permite repensar la tan fracturada separación entre práctica y teoría, que solo unida por todas estas partes pueden conformar un nuevo todo (praxis).

Sin embargo se va a afirmar que la relación entre los intelectuales y el mundo de la producción es *mediata*. Los intelectuales orgánicos del grupo social fundamental, como define Gramsci a la clase dominante, cumplen el rol de funcionarios de ésta y su conexión es más o menos estrecha de acuerdo al grado de las funciones y de los planes superestructurales (sociedad civil ³ y sociedad política o Estado ⁴).

³ En torno a la definición de la categoría de sociedad civil vale destacar la errónea interpretación de los postulados gramscianos que le atribuyen cierta no referencialidad al Estado en la lucha social así como una supuesta reivindicación de una sociedad civil autoorganizada por fuera del Estado. Más bien la postura de Gramsci era aquella ligada a la finalidad de la toma del poder de Estado por parte de la sociedad civil a través de la lucha de la sociedad hacia el Estado. En el Cuaderno VIII Gramsci afirma que hay que observar que en la noción general de Estado intervienen elementos que hay que

Se podría *medir* la organicidad de los diversos estratos intelectuales y su conexión más o menos estrecha con un grupo social fundamental, fijando una gradación de las funciones y de las superestructuras de abajo hacia arriba (desde la base estructural hacia arriba). En este marco los intelectuales orgánicos son los *empleados* del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político.

Las funciones del intelectual

Dichas funciones se ejercen a través del *consenso espontáneo* que las grandes masas de la población dan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo fundamental dominante. Este consenso nace del prestigio (y por lo tanto de la confianza) que el grupo dominante deriva de su posición y de su función en el mundo de la producción. A través del aparato de coerción estatal se asegura *legalmente* la disciplina ejercida lo cual permite una determinada previsión para el ejercicio del comando y la dirección en momentos de crisis, es decir, en aquellos casos en que no se da el consenso de manera espontánea. El ejercicio de la función intelectual se forma en conexión con todos los grupos sociales, pero en especial con el grupo social dominante.

Afirma Gramsci (1975) que una de las características más relevantes de cada grupo, que se desarrolla en dirección al dominio, es su lucha por la asimilación y la conquista ideológica de los intelectuales tradicionales. Esta asimilación y conquista es tanto más rápida y eficaz cuanto más rápidamente elabora el grupo dado, en forma simultánea, sus propios intelectuales orgánicos.

Gramsci reconoció que en el mundo moderno la categoría de intelectuales se ha ampliado significativamente. El sistema social democrático- burocrático ha gestado masas imponentes de intelectuales, no todas justificadas por las necesidades sociales de la producción, aunque justificadas por las necesidades políticas del grupo fundamental dominante.

Al describir la función del intelectual, Gramsci agrega su postura acerca de cómo debiera ser el nuevo intelectual, y dice que:

El modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia, motora exterior y momentánea de los afectos y de las pasiones, sino en su participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasor permanente no como simple orador, y sin embargo superior al

reconducir a la noción de sociedad civil (en el sentido, pudiera decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea, hegemonía acorazada con coacción, en el sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la entera sociedad, como contenido ético del Estado). En una doctrina que conciba al Estado como tendencialmente susceptible de agotamiento y de resolución en la sociedad regulada, el tema es fundamental. El elemento Estado-coacción puede concebirse en un proceso de agotamiento a medida que se afirman elementos cada vez más importantes de sociedad regulada (o Estado ético, o sociedad civil). Las expresiones *Estado ético* o *sociedad civil* significarían entonces que esta imagen de Estado sin Estado, estaba ya presente en el pensamiento de los más grandes científicos de la política y del derecho cuando se situaban en el terreno de la ciencia pura (utopía pura en la medida en que se basa en el presupuesto de que todos los hombres son realmente iguales y, por tanto, igualmente razonables y morales, o sea, capaces de aceptar la ley espontáneamente, libremente, y no por coacción, como impuesta por otra clase, como cosa externa a la conciencia).

⁴ Se entiende Estado como la “función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y a la de dominio directo o de comando que se expresa en el Estado y en el gobierno jurídico” (Gramsci, 1975: 14)

espíritu matemático abstracto; a partir de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es especialista y pero no se llega a ser dirigente (especialista –político) (Gramsci, 1975; 15).

Immanuel Wallerstein o el fin de las certidumbres y los intelectuales comprometidos

A continuación nos adentraremos en la visión y la construcción de la categoría de intelectual desde el punto de vista de Immanuel Wallerstein. Ya hacia finales del siglo XX, su indagación e interés son diferentes a los de Antonio Gramsci, y el proceso histórico, a su vez, ha ido complejizando las relaciones político-socio-económicas entre distintos grupos sociales y a su vez las relaciones de poder entre los países.

Trabajo intelectual: dos formas de concebirlo

Wallerstein, en una reflexión contemporánea acerca del trabajo intelectual, describe dos modos distintos de concebirlo. Su foco de atención está puesto en el análisis de los científicos sociales como intelectuales desde una perspectiva de la historia reciente. Para el autor, el principal modo de argumentación dentro de las ciencias sociales ha sido aquel que construyó sus ejemplos desde la hipotética distinción entre ciencia (reino de la verdad) y política (reino de los valores).

Uno de los más influyentes planteos desde esta perspectiva es la que define Max Weber a través de sus discusiones sobre la neutralidad valorativa y sobre la objetividad.. La nunca bien interpretada definición de la neutralidad valorativa Weberiana para Wallerstein puede comprenderse en la siguiente premisa:

La tarea de recolección de datos y la interpretación de su significado debería llevarse a cabo sin prestar atención a si los resultados confirman o no los valores del investigador, de la comunidad o del Estado. El hecho de que una descripción sea correcta, verdadera, no tendría entonces ninguna conexión con el carácter deseable o indeseable de aquel que describe; es decir, lo que es y lo que debería ser, son concebidos como dos cosas muy distintas.
(Wallerstein, 2002: 36)

La segunda postura, que asume la sociología crítica, rechaza el concepto de neutralidad valorativa “ya que considera que no es más que una posición que, presentándose como aséptica, oculta las relaciones de poder en las que se enmarca” (Roitman Rosenmann., 2003; 74). Las maneras de interpretar el cambio social difiere, por lo tanto, de acuerdo a la perspectiva que se asume..

Durante los años 50' e incluso hasta avanzado el siglo XX, la centralidad política de la discusión giró acerca de la pretendida objetividad, neutralidad valorativa y subjetividad en las ciencias sociales. “Se buscó esclarecer o justificar, según las escuelas y argumentos, el rol del intelectual, y se asentó la relación entre sociología, planeación del desarrollo y acción política” (Roitman Rosenmann., 2003: 75).

Desde la sociología crítica el solo hecho de estudiar la sociedad y sus realidades – especialmente las conflictivas y problemáticas- ya concede al estudio sociológico una dimensión política, si no activa, por lo menos latente, y lo convierte, si se quiere, en un ensayo político. “Pero esta visión política no niega, ni mucho menos, el quehacer científico-social” (Fals Borda, 1974: 128).

Fals Borda (1974) considera que la diferencia que se pretende establecer entre sociología científica y ensayo político, en el fondo, no existe. Esta diferencia – según el autor- es un poco falaz y se deriva del vacío conceptual y teórico producido en la sociología desde fines del siglo XIX, que pretendió llenar la escuela empírica, cuantitativa y sincrónica de este siglo, dominante hasta ahora, la que se considera como “científica” y “neutra”. La potencialidad política de la sociología, tan evidente en el siglo XIX, vino a considerarse como algo anticientífico e indeseable, que se debía combatir. En este cambio de enfoque tuvo que ver la búsqueda de la objetividad *à la science naturelle* y la acumulación fáctica que obsesionó en especial a los pensadores norteamericanos, una tarea que, es y será útil como tal pero que no necesariamente implica avance del conocimiento científico si no se articula con la construcción de categorías no neutrales, es decir políticas. Es por ellos que afirma que “La postura neutral valorativa desembocó en modelos de equilibrio estructural, cuyo defecto político fue el mantenimiento del *statu quo*” (Fals Borda, 1974: 131).

Según Fals Borda, es fundamental que los intelectuales descarten el mito de la neutralidad valorativa y afirmen que los debates necesarios son simultáneamente intelectuales, morales y políticos e implican a la vez tres modos de análisis que deben abordarse siguiendo un cierto orden:

En primer lugar, evaluar intelectualmente hacia donde nos estamos dirigiendo (nuestra trayectoria actual); en segundo lugar, evaluar moralmente hacia donde queremos dirigirnos y finalmente evaluar políticamente cómo podríamos llegar más fácilmente adonde creemos que deberíamos dirigirnos. (Fals Borda, 1974: 131)

El sistema–mundo o las maneras de ver el mundo

Volviendo a Wallerstein el rol del intelectual se define en el marco de un determinado contexto histórico. El marco analítico que el autor utiliza es el denominado sistema-mundo. Para Wallerstein:

Un sistema-mundo es un sistema social que tiene fronteras, estructuras, grupos miembros, reglas de legitimación, y coherencia. Su vida está compuesta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desgarran en tanto cada grupo busca eternamente remoldarlo para su ventaja. Tiene las características de un organismo, es decir, tiene una vida útil en la cual sus características cambian en algunos aspectos y permanecen estables en otro. La vida dentro de él es en gran parte autónoma, y la dinámica de su desarrollo es en gran parte interna. (Wallerstein, 1974: 224)

El análisis del moderno sistema-mundo se basa principalmente en la comprensión de las dinámicas de la *economía-mundo capitalista* como un *sistema social total*. Es decir, se busca la comprensión de los procesos que determinaron cómo la economía capitalista europea del siglo XVI logró expandirse e integrar a las otras economías-mundo hasta constituirse en el actual sistema-mundo con las consiguientes lógicas de centro – periferia (el concepto de economía-mundo proviene de la historia económica y tiene relación con la capacidad de un modo de producción e intercambio de configurar un mundo en sí mismo en un espacio – tiempo determinado).

Afirma Wallerstein (1974) que en el plano del análisis mismo, la perspectiva de los sistemas-mundo es intrínsecamente histórica y posee tres ejes articulados principales, en primer término, un sistema económico integrado a nivel mundial de naturaleza polarizadora con una lógica de cadenas de mercancías que poseen una forma centrípeta. En segundo término un sistema político basado en estados soberanos independientes jurídicamente pero vinculados a través de un sistema interestatal donde las diferencias se hacen patentes. Y, por último, un sistema cultural que es capaz de dar coherencia y legitimidad que es conocido como *geo-cultura*.

En ese sistema-mundo el intelectual juega un rol central como parte de esos grupos miembros validando y exponiendo las reglas de legitimación y coherencia que lo sostienen.

La certidumbre–incertidumbre del intelectual

Wallerstein reflexiona sobre la incertidumbre a través del libro de Prigogine (1996) *El fin de las certidumbres*. Prigogine describe el trastorno epistemológico en el pensamiento de muchos físicos y otros científicos. Ellos consideran que la base metafísica de la física moderna desde Newton y Descartes (el determinismo, las evoluciones lineares, la reversibilidad del tiempo) nos han llevado por mal camino, y que esta concepción del universo no es aplicable más que a unas pocas situaciones muy restringidas y particulares. Piensan que lo esencial de la realidad es que el universo está lleno de incertidumbres, y, por lo tanto, de posibilidades inmensas de creatividad. Prigogine y sus colegas ponen en el centro de sus análisis la flecha de la historia “donde existen bifurcaciones sucesivas de las cuales es intrínsecamente imposible saber de antemano qué camino seguirá la flecha”. (Wallerstein, 1999: 5)

El problema para los científicos sociales es que si bien hemos conocido desde hace tiempo la flecha de la historia, la misma era todavía una flecha dirigida por el dios de la historia (o por el diablo) hacia un objetivo claro, el punto de culminación de la Historia (en mayúscula). Ser un intelectual comprometido era ser un intelectual cuyos esfuerzos y actividades intentaban acelerar -pero no construir- el tren histórico en el cual nos hallábamos todos. Si existe verdaderamente una flecha de la historia y esta historia no tiene certeza, ¿cómo saber qué hacer para ser útil social e históricamente? El dilema se presenta hoy con mucha angustia y mucha urgencia para los intelectuales comprometidos en todas partes del mundo. (Wallerstein, 1999: 7)

Según el autor, lo que pareciera deprimente a primera vista es en realidad algo que permite tener esperanzas, y aún más, aspiraciones y ambiciones: con las teorías anticuadas de la era de la Revolución francesa - 1789 a 1989 - fuimos obligados a elegir entre un individualismo de intelectual libre (y según cabe suponer, moralmente recto) y una sumisión a una partidocracia jerarquizada (y, según cabe suponer, representativa de las masas).

Afirma más adelante que con el paso del tiempo vinieron las desilusiones. Fue ocurriendo poco a poco, durante las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta, hasta que las desilusiones acabaron imponiéndose en todas partes del mundo. Y con la generalización de las desilusiones se instala el ambiente deprimido y pesimista que se vivía a fines de los 90s.. Wallerstein (1999) afirmaba que los movimientos en poder predicaban la paciencia y la esperanza en un futuro luminoso. “Esta fórmula de paciencia y esperanza fue destinada al fracaso cuando las masas se daban cuenta de la complicidad tácita de los movimientos

antisistémicos con el sistema-mundo capitalista, y de sus múltiples errores y corrupción” (Wallerstein, 1999: 12).

Al mismo tiempo, tres curvas de larga duración de la economía-mundo capitalista han llegado a un punto que amenazan la acumulación incesante de capital, y, con esto, a la *raison d'être* del capitalismo histórico. Las tres curvas que menciona el autor son: la desruralización del mundo que produce un incremento en la cuota salarial; la destrucción ecológica del mundo que hace subir el precio de los *inputs* en la producción; y la democratización del mundo que eleva las tasas de impuestos por medio de las cuales los gobiernos buscan satisfacer las reivindicaciones populares para la educación, la salud, y los ingresos mínimos de sobrevivencia. Por tanto, la restricción de ganancias a escala mundial y a largo plazo, afirma, nos han llevado a una crisis estructural de nuestro sistema-mundo. Es por ello que considera que vivimos el período de transición hacia un nuevo sistema.

Hay tres aspectos que caracterizan a un período de transición según Wallerstein. Primero, será largo, tal vez cincuenta años. Segundo, será caótico, y por tanto, no sólo desagradable sino horrible. Y tercero, su resultado será ultra-incierto. Podríamos llegar a un nuevo sistema mucho mejor, o a uno mucho peor, o a otro de un carácter no muy diferente. Entonces afirma que no podemos predecirlo, pero sí podemos influenciarlo.

Es dentro de este contexto de transición sistémica que podemos volver al tema sobre el que este texto busca indagar: el papel de los intelectuales comprometidos en América Latina. Un período de transición sistémico es un período dominado por la confusión y el miedo. El rol principal de los intelectuales, según Wallerstein, es contribuir a reducir la confusión, aún, y sobre todo, entre los activistas comprometidos con una transformación progresista. De esa forma, se contribuye a reducir el miedo y sus reflejos impulsivos. Sin embargo, esto no es fácil de lograr porque los intelectuales comprometidos comparten con los activistas – destacamos que el autor es quien los distingue- la confusión y el miedo. Los intelectuales no están exentos de las condiciones humanas de la sociedad en la que se encuentran. Por consiguiente, se requiere de una larga discusión sobre cómo imaginar una estructura social que sea fundamentalmente diferente de la actual, una estructura que sea democrática e igualitaria.

Más adelante, Wallerstein afirma que hay que recordar que en este período histórico las estructuras organizativas de lucha ya no existen o al menos no están bien constituidas. En este contexto, será mucho más difícil para las fuerzas progresistas, que provienen de múltiples condiciones, memorias diferenciadas y problemáticas distintas, crear las alianzas entre ellas para combatir a las fuerzas privilegiadas que tienen a su disposición poder, dinero, y (no olvidemos) mucha inteligencia.

Debemos inventarnos un nuevo sistema histórico sin estar seguros de salir victoriosos. Debemos hacerlo porque existe la oportunidad de reinventar el mundo, pero repito, sin la certeza de que vayamos a triunfar. (Wallerstein, 1999: 15)

El autor sostiene que nos encontramos en un momento de bifurcación fundamental en el desarrollo del sistema –mundo y que se discute como si se tratara de una transición ordinaria en el cauce de una evolución cuasi-predestinada. Así afirma que lo que se debería hacer es *impensar* no sólo el desarrollismo neoclásico tradicional, sino también el desarrollismo de sus críticos de izquierda, cuyas tesis resurgen regularmente a pesar de todos sus rechazos, pero que en realidad comparten la misma epistemología.

Dos tesis para América Latina: CEPAL y los intelectuales en la segunda mitad del siglo XX

Wallerstein elabora dos tesis principales. En la primera reconoce que es absolutamente imposible que América Latina se desarrolle, no importa cuáles sean las políticas gubernamentales, porque lo que se desarrolla no son los países; lo que se desarrolla es únicamente la economía-mundo capitalista y esta economía-mundo es de naturaleza polarizada y polarizadora. En la segunda sostiene que la economía-mundo capitalista se desarrolla con tanto éxito que se está destruyendo y por lo cual nos hallamos frente a una bifurcación histórica que señala la desintegración de este sistema-mundo, sin que se nos ofrezca ninguna garantía de mejoramiento de nuestra existencia social.

Respecto de la tesis No. 1, las fuerzas dominantes del sistema-mundo han sostenido, desde por lo menos los comienzos del siglo XIX, que el desarrollo económico fue un proceso muy natural, que todo lo que se requiere para realizarlo es liberar las fuerzas de producción y permitir a los elementos capitalistas crecer rápidamente, sin impedimentos. Evidentemente, también fue esencial la voluntad.

La situación en el Tercer Mundo —según Wallerstein— fue bastante diferente de la de Europa de posguerra. En los primeros años después de 1945, Estados Unidos concentró todos sus esfuerzos en ayudar a Europa occidental y a Japón a *reconstruirse*. Al principio, ignoró largamente al Tercer Mundo, con la excepción parcial de América Latina, campo de preferencia para Estados Unidos desde largo tiempo antes. Lo que predicaba los Estados Unidos en América Latina era la tradicional canción neoclásica: abrir las fronteras económicas, permitir la inversión extranjera, crear la infraestructura necesaria para fomentar el desarrollo y concentrarse en las actividades para las cuales tienen estos países una ventaja comparativa.

Desde la perspectiva de Wallerstein, los intelectuales de la América Latina fueron muy recalcitrantes a la prédica que podemos denominar “reactiva”. La primera reacción importante fue la de la nueva institución internacional, la CEPAL (Centro de Estudios para América Latina), presidida por Raúl Prebisch, cuya creación misma fue contestada enérgicamente por el gobierno estadounidense. La CEPAL negaba los beneficios de una política económica de fronteras abiertas y proponía reforzar, por el contrario, el rol regulador de los gobiernos a fin de reestructurar las economías nacionales. La recomendación principal fue la de promover la sustitución de importaciones por la protección de las industrias nacientes, una política adoptada sólo por algunos países de nuestra región: México, Brasil y Argentina. En una apretada síntesis, podemos decir que las acciones sugeridas por la CEPAL, se volcaban a predicar que lo esencial era que el Estado siguiera una política proteccionista para asegurar el desarrollo nacional

Hasta cierto punto —según el autor—, las recomendaciones de CEPAL fueron seguidas por los gobiernos latinoamericanos y efectivamente hubo una mejoría económica, aunque limitada, en los años cincuenta y sesenta. Sabemos ahora que esta mejoría no perduró. Sin embargo, la mejora de la situación media en América Latina parecía insignificante para la mayoría de los intelectuales latinoamericanos que decidieron radicalizar el lenguaje y los análisis elaborados por la CEPAL. Entre los intelectuales *dependentistas*, se encontraban Dos Santos, Marini, Caputo, Cardoso de los años 60, y Frank, lo mismo que Amin fuera de América Latina.

A modo de resumen podemos decir:

Por dependencia entendemos una situación en la cual la economía de determinados países está condicionada por el desarrollo y la expansión de

otra economía, a la que están sometidas las primeras. La relación de interdependencia entre dos o más países, y entre estos y el comercio mundial, toma la forma de dependencia cuando algunas naciones (las dominantes) pueden expandirse y ser autogeneradoras, en tanto que otras naciones (las dependientes) sólo pueden hacerlo como reflejo de esa expansión, la cual puede tener un efecto negativo o positivo sobre su desarrollo inmediato. (Dos Santos, 1974: 36)

Los dependentistas pensaban que tanto los análisis como los remedios preconizados desarrollistas *eran muy tímidos*. De un lado, planteaban que para desarrollarse, los gobiernos de los países periféricos deberían ir mucho más allá de una simple sustitución de importaciones; deberían en cambio desconectarse definitivamente de la economía-mundo capitalista.

Incorporaron a sus razonamientos las situaciones políticas presentes en cada país y en el sistema-mundo. Consideraban en consecuencia las alianzas existentes y potenciales y en fin los obstáculos efectivos a una reestructuración económica. Aceptaban que el rol de las sociedades transnacionales, de los gobiernos occidentales, del FMI, del Banco Mundial y todos los otros esfuerzos imperialistas, eran negativos y nefastos. En suma, eso no era ni revolucionario, ni eficaz, si el objetivo era una transformación social profunda.

La izquierda latinoamericana y mundial pensaba que el impacto de un estancamiento de la economía-mundo afectaría en primer lugar las instituciones políticas y económicas que sostienen el sistema capitalista. En realidad, el impacto más inmediato fue sobre los gobiernos llamados “revolucionarios” (entre los que se incluyen una amplia gama que va desde democracias socialistas (Chile), gobiernos revolucionarios (Cuba) y las de corte más populistas) en el Tercer Mundo y en el bloque comunista. Desde los años setenta, todos estos gobiernos se hallaron en dificultades económicas y presupuestarias enormes que no podían resolver, inclusive parcialmente, “sin comprometer sus políticas estatales tan publicitadas y sus retóricas tan acariciadas” (Wallerstein, 1999; 18).

El mundo científico y periodístico iniciaba el concepto de los NICs (*New Industrial Countries – Nuevos países industrializados*). Y los NICs eran propuestos como los modelos a imitar.

Con el estancamiento mundial se produjo, según Wallerstein, un importante repliegue de los intelectuales latinoamericanos, los poderosos no necesitaban más las dictaduras militares, no mucho más en todo caso, para frenar los entusiasmos de la izquierda.

Así, llega la democratización a la región. Sin duda, vivir en un país pos-dictadura militar era inmensamente más agradable que vivir en las cárceles o en el exilio; pero la transición hacia la democracia se realizó de manera recortada, asegurando la situación de los cuadros militares y poniendo el acento en el aspecto normativo de la democracia. Con esta democratización parcial (incluidas las amnistías para los verdugos) venían los ajustes del FMI y el crecimiento de las desigualdades ya existentes en América Latina. Y debemos notar que si en los años 70 la lista de los NICs principales incluía normalmente México y Brasil, al lado de Corea y Taiwán, en los años 80 México y Brasil desaparecían de estas listas, dejando solos a los cuatro dragones de Asia Oriental.

Vino después el choque de la caída de los comunismos. Afirma Wallerstein (1999) que el repliegue de los años 70 y 80 pasó a ser la fuga desordenada de los años 90. Una gran parte de los que definían como intelectuales de izquierda de ayer se convertían en heraldos del mercado y los que no seguían este camino buscaban ansiosamente senderos alternativos. Para no desmoronarse frente al júbilo de una derecha mundial resucitada, que se felicita de la

confusión de las fuerzas populares en todas partes, se debe analizar más profundamente la historia del sistema- mundo capitalista de los últimos siglos.

La caída del Muro de Berlín ha desprotegido a los poderosos del capitalismo: ya no tienen una figura contra la cual luchar en defensa del sistema capitalista. En sus palabras *no existe más el "cuco" del comunismo*.

Wallerstein (1999) plantea que el colapso de la fe popular en la inevitabilidad de una transformación igualizante es el más serio golpe para los defensores del sistema actual, pero seguramente no es el único. El sistema-mundo capitalista está desagregándose a causa de un conjunto de vectores. Podríamos decir que esta desagregación es muy sobredeterminada.

El otro tema que considera central para la crisis del sistema- mundo capitalista es el de la democratización. La democratización no es una mera cuestión de partidos múltiples, sufragio universal y elecciones libres. La democratización es una cuestión de acceso igual a las verdaderas decisiones políticas y a un nivel de vida y a una seguridad social, razonables. La democracia no puede coexistir con una gran polarización socio-económica, ni al nivel nacional, ni al nivel mundial. No obstante, existe una ola de sentimiento democratizador que se fortalece enormemente estos días. ¿Qué lectura se hace de esto? La prensa y los últimos heraldos del liberalismo anuncian que la democratización se muestra en la caída de varias dictaduras a través del mundo. Sin duda, esto representa un esfuerzo de democratizar estos países. Lo que es más interesante, es la presión continua, no únicamente en el Sur, sino inclusive de modo más fuerte en los países del Norte, para aumentar los gastos para la salud, la educación, y la vida de quienes han quedado fuera del sistema. Pero esta presión agudiza, y muchísimo, los dilemas fiscales de los estados. La ola de democratización será la última clave en la caída del estado liberal, según la visión de Wallerstein.

Para todas estas razones, explica el autor, los próximos 30-40 años, serán el momento de la desintegración del sistema histórico capitalista. No será un momento agradable de vivir. Será un período negro, lleno de inseguridades personales, incertidumbres del futuro y odios viciosos. Al mismo tiempo, será un período de transición masiva hacia algo otro, un sistema (o unos sistemas) nuevo(s).

El momento actual es una situación de bifurcación muy clásica. Las perturbaciones aumentan en todas direcciones. Están fuera de control. Todo parece caótico. Nadie puede prever lo que resultará. Pero no quiere decir que no podemos tener un impacto sobre el tipo de nuevo orden que va ser construido al fin. Todo lo contrario. En una situación de bifurcación sistémica, toda acción pequeña tiene consecuencias enormes, desde su perspectiva. El todo se construye de cosas infinitesimales. Los poderosos del mundo lo saben bien. Preparan de múltiples maneras la construcción de un mundo pos-capitalista, una nueva forma de sistema histórico desigual a fin de mantener sus privilegios. El desafío para los intelectuales y para todas las personas en pos de un sistema democrático e igualitario (los dos adjetivos tienen idéntico significado), es mostrarse tan imaginativos y audaces como los poderosos ¿Cómo hacerlo? Es esto lo que se debe discutir hoy y mañana. Es posible hacerlo, pero no existe una certidumbre sobre eso. La historia no garantiza nada. El único progreso que existe es aquello por lo cual uno lucha con unas grandes posibilidades de perder. La esperanza reside, ahora como siempre, en la inteligencia y en la voluntad colectiva.

Para poder ahondar en estas conceptualizaciones para nuestra región, analizaremos a continuación, la particularidad de América Latina y sus intelectuales desde la visión de distintos autores latinoamericanos.

El intelectual latinoamericano, su especificidad. Un breve recorrido histórico

Cuando afrontan los grandes problemas, como deberían hacerlo, los estudios de sociología son también una forma de acción política, ya que la una va inextricablemente mezclada con la otra, aún más en épocas de crisis. (Fals Borda, 1974: 137)

El siglo XX se ha caracterizado por varios periodos históricos de gran relevancia para la transformación del rol del intelectual. En este trabajo hemos optado solo por dos de esos momentos: el del período 50-60 y el del inicio del nuevo milenio, reconociendo, respectivamente, que el primero es un recorte relacionado con el momento fundacional de las ciencias sociales latinoamericanas, y el otro relacionado con la revisión de la relación intelectual- acción en el devenir de los movimientos sociales latinoamericanos. Esto no quiere decir que no debiéramos destacar otros momentos de brillo intelectual en la región.. sin embargo creemos que se han constituido en puntos de inflexión que vale la pena destacar

Uno de los períodos más ricos es el anteriormente desarrollado en torno a la reflexión del intelectual en América Latina en la década del 50', enmarcada en el proceso de difusión e institucionalización de la llamada sociología científica, o moderna que se acelera notablemente, en la mayoría de los países de América Latina. En la Argentina, dicha aceleración se inicia tras la caída del gobierno de Perón y en ese contexto de la reorganización universitaria que tiene lugar entonces. “En la década del cincuenta se organizan también importantes centros internacionales destinados a la investigación y a la formación de sociólogos (Santiago de Chile, Río de Janeiro)”. (Verón, E.: 1974: 27)

Se comienza así a formar un ámbito académico-profesional en cada país, organizado en torno al consenso acerca de la validez de las reglas del *método* científico para el estudio de los fenómenos sociales. Verón (1975) afirmaba que este acento sobre el método puede explicarse por la necesidad imperiosa de institucionalizar nuevas formas de trabajo que en la década anterior eran casi inexistentes en la región, y sirve como principio de autoidentificación para los sociólogos modernos o científicos, por oposición a la práctica anterior de la literatura social y el ensayismo.

El proceso ocurrido en América Latina tomó la forma de un trasplante de modelos provenientes de EE.UU. y Francia: fondos, profesores, material bibliográfico; la necesidad de introducir una enorme masa de información y difundir teorías, técnicas, reglas de procedimiento.

Verón (1975) consideró que la auto-imagen de la sociología moderna que se ha difundido en la región, se había caracterizado por ocultar las dimensiones ideológicas del proceso de desarrollo de las ciencias sociales en Latinoamérica: proporciona una visión simplificada, optimista y pretendidamente aséptica de los problemas vinculados con el trasplante de las ciencias sociales.

Esta auto-imagen ha sido también importada, junto con los textos, los materiales de estudio y los aportes de los organismos financieros internacionales. Vale decir: la introducción de teoría y metodología en los países de América Latina, va acompañada de la introducción de una interpretación acerca de lo que esa teoría y esa metodología significan. Esta interpretación es conocida habitualmente como el punto de vista de la neutralidad valorativa de las ciencias sociales, denominación por cierto sumamente desafortunada.

La historia del paradigma hipotético deductivo y su hegemonía durante los años 50' y parte de los 60' en América Latina marcó fuertemente la idea de un intelectual cientificista,

alejado de la realidad que se imponía. En Argentina, Oscar Varsavsky fue uno de sus críticos más destacados.⁵

Nuevas y contrahegemónicas tendencias aparecen con fuerza en el continente una década después. La Teoría de la Dependencia inaugura un debate crítico que marcará los análisis sociológicos de los '60 y '70 como ya lo había destacado Wallerstein en la cita anterior.

En aquellos tiempos se renueva el debate sobre el papel del intelectual latinoamericano y su especificidad. Florestán Fernández (1966) define entonces al científico social latinoamericano como un innovador social en su doble papel de producir un conocimiento que pueda corresponder a los requisitos intelectuales del método científico y, al mismo tiempo, a sus posibilidades teóricas y prácticas actuales. Sin embargo afirmaba que además tiene obligación suplementaria: la de crear o expandir, por sí mismo, las condiciones indispensables de trabajo. En conjunto, por tanto, viven en forma simultánea y fatalmente, dos especies de papeles intelectuales:

Uno: La especie de papel intelectual análogo al que desempeñaron los científicos sociales de la *fase vanguardista* (lo que se podría ilustrar a partir de lo que ocurrió con la expansión de las ciencias sociales en Europa, entre el último cuarto del siglo XIX y la iniciación del siglo XX, o lo que pasó en Estados Unidos de América, en el mismo sentido, durante el primer cuarto de este siglo).

Dos: La especie de los papeles intelectuales que proceden de los patrones vigentes en la investigación de las ciencias sociales (y que son practicados por los científicos sociales europeos o estadounidenses de nuestros días). (Florestán Fernández, 1966: 243)

Esas conclusiones no significan que el científico social latinoamericano sea indiferente a las implicaciones de sus papeles intelectuales en la comunidad científica internacional. Por el contrario, para no perder las pocas oportunidades con que cuentan en cuanto a objetivos científicos de alcance empírico o teórico dudoso, no pueden cometer errores en esa dirección (Verón, 1975: 247).

Algunas de las particularidades de los estudios latinoamericanos nos muestran que los grandes temas de las sociedades latinoamericanas, por el hecho de estar fundamentalmente relacionados con las transformaciones estructurales globales, imponen a los científicos sociales la ampliación de las contribuciones propias de cada disciplina.

Ianni (1965) afirma que los problemas que aparecen en la investigación de los cambios sociales, por ejemplo, dependen de un seguro dominio de las reflexiones acerca de los procesos económicos que están ocurriendo en esas naciones así como del abordaje multidisciplinario del objeto de investigación.

Parece ser que una característica del intelectual latinoamericano es la cualidad de combinar la interpretación y la intervención planificada y es aquí donde activista e intelectual por un lado e incluso el funcionario y el intelectual coinciden en el mismo individuo con más frecuencia quizá que en los países centrales.

⁵ Al respecto ver Varsavsky, Oscar. *Ciencia, Política y Cientificismo*, Ediciones de la Feria. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. Noviembre 1969. Respecto de los debates en la Universidad de Buenos Aires ver Rotunno, Catalina y Díaz de Guijarro, Eduardo, *La construcción de lo posible. La Universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966* (comp.). Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003.

En torno a la figura del “intelectual crítico”. Aportes de Sartre y Foucault

Dado que la postura Sartreana ha sido presentada en el apartado previo y sin ánimo de profundizar en el análisis de la escuela de pensamiento francesa, resulta necesario presentar otras maneras de entender el compromiso intelectual en la década del '60 y contextualizar la línea que desarrollamos para América Latina.

Michel Foucault desde una concepción filosófico-política afirmaba que cada sociedad construye su régimen de verdad, su política general de la verdad; lo cual significa que cada sociedad produce históricamente los rituales y mecanismos que permiten aceptar lo verdadero y rechazar lo falso. *La verdad*, por lo tanto, no se encuentra fuera del poder ni carece de efectos de poder. Citando al autor:

No se trata de liberar la verdad de todo sistema de poder- esto sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder- sino de separar el poder de la verdad de las formas hegemónicas (sociales, económicas y culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento. (Foucault, 1992: 198).

De este modo el planteamiento de la verdad conduce a la política. Al respecto afirma:

El problema político esencial para el intelectual no es criticar los contenidos ideológicos que estarían ligados a la ciencia, o de hacer de tal suerte que su práctica científica este acompañada de una ideología *justa*. Es saber si es posible constituir una nueva política de la verdad. El problema no es cambiar la conciencia de las gentes, sino el régimen político, económico, institucional de la producción de la verdad. (Foucault, 1992; 200).

De tal manera, el autor expresaba a comienzos de los años '70, que un intelectual no puede convertirse en un consejero de los demás, no puede erigirse en una conciencia *supra* universal, no puede ser el detentador de la verdad. Deleuze (1992), afirma – en una entrevista junto a Foucault “para nosotros el intelectual teórico ha dejado de ser un sujeto, una conciencia representante o representativa. Los que actúan los que luchan han dejados de ser representados ya sea por un partido, ya sea por un sindicato que se arrogaría a su vez el derecho de ser su conciencia” (Foucault -Deleuze, 1992: 85). En esta entrevista surge del diálogo entre los autores la pregunta ¿Quién habla y quién actúa?. Pregunta que nos parece sumamente interesante para nuestro análisis. Ambos plantean que el intelectual era caracterizado como quien “decía lo verdadero a quienes aún no lo veían y en nombre de aquellos que no podían decirlo: conciencia y elocuencia” (Foucault -Deleuze, 1992: 85) y como “los intelectuales han descubierto que las masas no tienen necesidad de ellos para saber, saben claramente, perfectamente mucho mejor que ellos; y lo afirman extremadamente bien. Pero existe un sistema de poder que obstaculiza, que prohíbe, que invalida ese discurso y ese saber” (Foucault -Deleuze, 1992: 85)

Foucault (1992) afirma que el papel de los intelectuales no es el de situarse un poco en avance o un poco al margen para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento: en el orden del saber, de la verdad, de la conciencia, del discurso.

Foucault plantea que la función del intelectual es brindar instrumentos de análisis para una mejor comprensión de la realidad presente y dado que la investigación requiere necesariamente de la matriz histórica se trata en efecto de tener del presente una percepción

espesa, amplia, que permita percibir dónde están las líneas de fragilidad, dónde se han aferrado los poderes (...), dónde estos poderes se han implantado. Dicho de otro modo, hacer un croquis topográfico y geológico de la batalla. He allí el papel del intelectual y ciertamente no es decir lo: esto es lo que deben hacer.

Nicolás Casullo (1999) sintetiza la década del sesenta a partir de tres ejes coexistentes: el primero refiere a la rebelión política e ideológica estudiantil; el segundo a una crítica violenta de las costumbres y el tercero, a las estrategias de liberación política que atravesaron a los países conocidos como del Tercer Mundo. De estos tres ejes —que no van por carriles diversos sino que están imbricados y relacionados entre sí— tomaremos, brevemente, la referencia de Casullo para deducir cuál es la posición de Sartre y Foucault en el mapa crítico sobre el intelectual de su tiempo.

Afirma que la rebelión política e ideológica estudiantil en Francia es una manifestación de la cultura contestataria y joven de los sesenta, sólo una de las que integran esa década y que sería un punto de referencia para la próxima. A través de Sartre, se había hecho alusión a cierto cambio en el pensamiento del intelectual a raíz de los acontecimientos de Mayo de 1968 como fecha representativa, de ninguna manera única, de una serie de reclamos, protestas y manifestaciones masivas de los estudiantes en París, pero también en Estados Unidos y en América Latina:

Aparece la protesta estudiantil, el cuestionamiento a todo el orden universitario, el cuestionamiento al sistema de enseñanza, a las clases de los profesores, a las materias que se dictan, a los programas que contienen estas materias, al régimen estudiantil, a los comedores universitarios; absolutamente todo es cuestionado. (Casullo, 1999: 128).

Así puede leerse el marco de esta cara de los sesenta, solo una faceta de la protesta. Los universitarios ya no aceptaban reproducir un modelo vigente. Ese momento de los estudiantes, que luego pretenderían contagiar su conciencia y su praxis a la clase obrera, aún muy bien delimitada e identificable, estaban a punto de corresponderse con lo que Sartre llamó *el técnico del saber práctico devenido intelectual*: un sujeto que, al tomar conciencia de su condición y de su posición en la sociedad, decide renunciar a la complicidad con la clase dirigente y pasarse a las filas oprimidas, principalmente porque se siente obligado a hacerlo.

Foucault pertenece prioritariamente a la lectura que Casullo presenta de los sesenta y sus influencias: aquella que involucra la crítica violenta de las costumbres. Según ella, la de los sesenta es una década contestataria que parte del ámbito estudiantil (según Sartre), pero que genera una ola crítica más abarcativa y compleja que la de las meras instituciones. Casullo (1999) afirma que de estos últimos aires se ha contagiado Foucault, o ha sido su emanador. Es en este contexto en que el pensador comienza a analizar los verdaderos alcances del poder. Una de las caras de los 60 es, por lo tanto, de cuestionamiento profundo de las normatividades, de los valores, de la cultura y de la moral burguesa.

Brota fuertemente la crítica a un ordenamiento cultural de la vida, a los planteamientos morales y éticos que los sustentan. En principio, la crítica más fuerte es a la relación poder- sujetos. La juventud de los `60 plantea que el poder se manifiesta en todas partes, y sobre todo en aquellas circunstancias donde suele camuflarse como que no es poder. (Casullo, 1999: 137).

Foucault entendería el poder, y por tanto el papel del intelectual, de una forma que lo llevaría a hondas discrepancias con la idea de compromiso sartreano. En principio, el poder no es simplemente, desde la perspectiva foucaultiana, algo que se posea y que, más específicamente, poseen las instituciones de la clase dirigente. La pregunta principal cambia en Foucault: de ¿cómo quitarle el poder a sus poseedores? a ¿qué es el poder y, por tanto, quién lo posee, dónde ir a reconfigurarlo? ¿Posee alguien el poder en forma fija?. La complejización de la pregunta lleva a nuevas afirmaciones.

Desde la perspectiva foucaultiana el poder no se posee, no se alberga, no es, en definitiva, algo tan sencillo de identificar y de ir a derribar. Porque el poder, siguiendo a Foucault, no existe como cosa- en- sí, sino como relación. Para Foucault el poder es relacional. Foucault produce con esto un giro que implica dejar de ver el poder como un contenido en manos de la clase dirigente, para pasar a verlo como un tipo de ejercicio. Repensar el poder es inventar estrategias más efectivas para luchar contra él. Foucault repiensa el poder en términos de microfísica, unos términos que vuelven más sutil la propia pregunta por las relaciones de poder ya no solamente entre instituciones y sujeto, sino también a nivel sujeto- sujeto.

Aquí entra, según Foucault, una categoría inseparable del poder y vinculado con el abordaje microfísico del mismo: el saber. La relación que entrama a los sujetos a la estructura del poder, lo que hace que los individuos aprehendan y reproduzcan la dominación y su carácter de dominados, en casi todos los casos sin saberlo, es el conjunto y la configuración de saberes que legitiman cotidianamente cada una de las relaciones de poder en todos los niveles. Los saberes, a través de los discursos dominantes, configuran sutilmente un efecto de objetividad, de naturalidad, a través del cual se deslizan mecanismos represivos y también que garantizan la vigencia del poder. Se produce una relación entre poder y saber que consiste en que el primero se legitima por los discursos que configuran el saber mientras éste, con el mismo movimiento, va afianzando, invisibilizando, alejando los mecanismos de dominación de toda posibilidad de discusión, va incluyendo los mecanismos de poder como presupuestos, va ubicándolos poco a poco y cotidianamente en una dimensión cada vez más profunda en el seno de los sujetos y, por lo tanto, cada vez más difícil de percibir, de cuestionar. El poder y el saber, como agentes uno del otro, se amalgaman no solo en un conjunto de instituciones sino que tejen un entramado histórico y complejo que va desde los discursos hasta las prácticas, desde las prácticas hasta la realimentación de los discursos y de allí corta transversalmente todo ámbito como lo es el propio ejercicio del intelectual crítico. En ese marco, el papel del intelectual;

no es luchar por una `toma de conciencia (hace tiempo que la conciencia como saber ha sido adquirida por las masas, y que la conciencia como sujeto ha sido tomada, ocupada por la burguesía), sino por la infiltración y toma del poder, al lado, con todos aquellos que luchan por esto, y no retirado para darles luz. (Foucault, 1992: 128)

Sus conceptualizaciones sobre el poder jugaron un rol decisivo en el desarrollo de los nuevos movimientos antisistémicos. Algunas de sus más importantes reflexiones teóricas fueron inspiradas directamente por las luchas políticas que él analizaba, entre las que mencionamos: los movimientos estudiantiles, los movimientos por los derechos del niño o del prisionero, el movimiento antipsiquiátrico, el movimiento de las mujeres entre otros.

La visión latinoamericana de Fals Borda

Para definir los criterios de un compromiso-acción pertinente a nuestra época de crisis y para saber con quiénes se construye nuestra ciencia entre la plétora de grupos, movimientos o partidos posibles, Fals Borda nos propone respondernos por lo menos las siguientes preguntas:

Uno: Sobre el previo compromiso (pacto): ¿Con cuáles grupos ha estado comprometido hasta ahora? ¿A quiénes ha servido consciente o inconscientemente? ¿Cómo se reflejan en sus obras los intereses de clase, económicos, políticos o religiosos de los grupos a que ha pertenecido?

Dos: Sobre la objetividad: ¿Cuáles son los grupos que no temerían que se hiciese una estimación realista del estado de la sociedad y que por lo mismo brindarían todo su apoyo a la objetividad de la ciencia?

Tres: Sobre el ideal de servicio: Tomando en cuenta la tradición humanista de las ciencias sociales, ¿cuáles son los grupos, movimientos o partidos políticos que buscan servir realmente al conjunto de la sociedad, sin pensar en sí mismos, sino en el beneficio real de las gentes marginadas que hasta ahora han sido victimizadas por la historia y las instituciones? ¿Cuáles son los grupos que, en cambio, se benefician de las contradicciones, inconsistencias e incongruencias reinantes? (Fals Borda, 1974: 147)

Así, resulta interesante constatar cómo diferentes intelectuales han visto la necesidad de reubicarse, ante la magnitud de los eventos que analizan y que les envuelven al mismo tiempo. Esto puede seguir ocurriendo, aunque lleve a la pérdida de posiciones burocráticas o, incluso, a amenazas a las instituciones o personas que no se someten a la pauta establecida. Lo anterior es moneda corriente. La transición es personal y a veces dolorosa.

En ello hay que ser realistas y admitir las dificultades teóricas y prácticas de la tarea. Fals Borda (1974) afirmó que si aplicamos el criterio del ideal de servicio postulado anteriormente, esta regla podría permitirnos identificar determinadas agrupaciones que tienen como fin organizar genuinos movimientos de redención popular, y que están listas a responder de lleno al descontento y las aspiraciones de la gente. Sin embargo el autor sostiene que podríamos encontrar que los militantes estén a veces obsesionados por consignas dominadas por sus emociones y que, en la práctica, no apreciarían totalmente el aporte científico cuando éste contradijera sus simplificaciones o prejuicios. A nuestro entender ambos –intelectuales y militantes, si es que se puede *siempre* hacer esta separación– pueden caer en este tipo de simplificaciones. La política puede ser acomodaticia, llevando a dilemas tácticos que inducen la disensión en las propias filas del grupo.⁶

⁶ Al respecto Fals Borda (1974) cree que la emotividad y la falta de consistencia pueden ser combatidas, tanto en el plano científico como en el orden político. En lo científico, competería al intelectual ilustrar la situación como es, suministrar datos y participar como observador-inserto en la implementación de la política derivada de esos datos. Sería esencial entonces que la influencia y el ejemplo del intelectual logran racionalizar la acción de los grupos claves, para que llegaran a ser más eficaces y menos erráticos, articulando con seriedad sus ideales y transformando su emotividad en mística. Desde su visión el intelectual no fomentaría el dogmatismo, sino que resistiría las mitologías de los medios políticos oponiéndose a los macartismos y mostrando la vía de la evidencia y de los hechos, así sea ésta una tarea dura y malagradecida (sic).

Fals Borda consideró, tres décadas atrás, que con la identificación de tales grupos claves en países en etapas prerrevolucionarias no sólo se resolvería el problema práctico y concreto del compromiso, sino que también se ayudaría a iluminar el panorama general hoy tan oscuro, para hacer más fácil la tarea del cambio político y social necesario. En ese sentido es que propone que las ciencias sociales dejen de ser ciencias del *post mortem*, que solo llegan a examinar los volcanes cuando ya se han apagado, para ensayar nuevas y más responsables técnicas proyectistas.⁷ Asimismo afirma que

El mecanismo que lleva a la ciencia a estas etapas reiteradas de producción (y de protesta) intelectual no se encontraría en el proceso ritual o mecánico de acumulación del conocimiento, sino en aquel otro nivel de comunicación social y con el que está simbióticamente conectado. Este mecanismo es ideológico, y va implícito en el compromiso de renovación, creatividad y acción que los científicos toman en un momento dado frente a la problemática de su ciencia y su sociedad. Va también implícito en el empeño de entender a la sociedad como un todo (lo que no es obtener un simple dato cultural), en subir a las alturas para ver los conjuntos, como aconsejaba Max Weber. La re-orientación resultante permite que se reanude la acumulación del conocimiento yendo en otra dirección que se considera más adecuada, o hacia una etapa superior de técnica y teoría, redondeando el sentido de los hechos, y enriqueciendo la visión de las cosas. Lleva así a una nueva justificación de la tarea científica. (Fals Borda, 1974: 153)

Siempre tendremos con nosotros alguna ideología, decía Schumpeter (1968), pero esto no es una desgracia. El acto cognoscitivo que es la fuente de nuestras ideologías, es también el requisito previo de nuestro trabajo científico. Sin él no es posible ningún nuevo punto de partida en ninguna ciencia. Por su intermedio adquirimos material nuevo para nuestros esfuerzos científicos y algo que formular, que defender, que atacar. Nuestra provisión de hechos e instrumentos crece y se rejuvenece en el proceso. Y así, si bien avanzamos lentamente a causa de nuestras ideologías, sin ellas podríamos no avanzar en absoluto.

Fals Borda afirmaba que el compromiso-acción es ideológico e implica una visión dentro de la ciencia. Esta visión está condicionada por pautas sociales y transcendentales cambios políticos que llevan a los científicos a una evaluación de su disciplina y a una re-orientación de la misma. De este proceso va resultando “no sólo la acumulación del conocimiento científico, sino también su enriquecimiento, su reconocimiento, su revitalización”. (Schumpeter, 1968: 78)

Las opciones intelectuales son una prueba de decisión, de laboriosidad y de creatividad en la presente etapa histórica. Es una prueba que lleva a combinar el rigor científico con la participación en el proceso histórico, para ganar una postura intelectual autónoma. Quizás de estos empeños resulte no sólo una ciencia social más respetable, firme y propia con una más clara (o más oscura) definición de la crisis latinoamericana, sino también una política de cambio que lleve a una sociedad más justa y democrática. Tal es la responsabilidad de los intelectuales y tal el *engagement* que se asume ante el mundo y la historia.

⁷ El impacto de las políticas de planeamiento y hasta los ensayos ocurridos en América Latina con técnicas proyectivas como el modelo mundial propuesto por un grupo de intelectuales argentinos, son algunos ejemplos de un pensamiento de época.

La toma de decisiones, del compromiso- acción, seguramente se enmarca en la construcción de una fuerza contrahegemónica que se adentre en la crisis del sistema mundo capitalista para proponer posibles transiciones hacia escenarios distintos.

En este punto resulta interesante retomar las afirmaciones de James Petras (1990) acerca del derrotero de los intelectuales latinoamericanos en los años '70 y el debate que se inicia a través de las palabras de Carlos Vilas (1990):

En el pasado, América Latina poseía -en el mejor de los casos- lo que Gramsci llamaba intelectuales orgánicos: escritores, periodistas y economistas ligados directamente a las luchas políticas y sociales contra el imperialismo y el capitalismo. Eran piezas integrales de los sindicatos, de los movimientos estudiantiles, o de los partidos revolucionarios. El Che Guevara, Camilo Torres en Colombia, Luis de la Puente en Perú, Miguel Enríquez en Chile, Roberto Santucho en Argentina, Julio Castro en Uruguay, eran algunos de los cientos si no miles de intelectuales que integraban su trabajo intelectual a las luchas sociales de sus países. (Petras, 1990: 5)

Los intelectuales señalados llegaron a pagar con sus vidas el precio del riesgo de denunciar las injusticias que tuvieron lugar en el período 50-60. Lo mismo ha ocurrido con otros ciudadanos representantes de otros ámbitos de la sociedad que participaban activamente de la vida política, sindical o cultural. Sin embargo, tomamos la crítica que Carlos Vilas (1990) realiza a la utilización del concepto gramsciano de intelectual orgánico respecto del papel efectivamente jugado por los intelectuales en la universidad de entonces

En la década de 1960 y parte de la de 1970 era frecuente observar en las universidades de América del Sur una especie de esencialismo ideológico de ciertas carreras y profesiones. Sociología era, por definición, una carrera de izquierda, cuando no revolucionaria; derecho, por supuesto, era de derecha. (...) Economía también era más o menos de derecha, salvo que se tratara de economía «política», que sí era de izquierda (aunque Marx se dedicó más bien a la crítica de la economía política). (Vilas, C. 1990: 4)

Continúa Vilas profundizando en el papel que no jugaron los universitarios de izquierda de aquella época al afirmar:

El involucramiento real de esta izquierda universitaria fue, en líneas generales, de escasa relevancia. Su agitación estudiantil y su virulencia conceptual no tuvieron consecuencias efectivas equivalentes en el desenvolvimiento de las luchas políticas. Su impacto académico o intelectual o literario en términos de aportes efectivos a un mejor conocimiento de la sociedad latinoamericana fue reducido, exiguo incluso. Cuando Petras recrimina a los intelectuales orgánicos de izquierda de ayer, haberse convertido en los integrados de hoy, equivoca el juicio. (Vilas, 1990; 6)

Por último nos interesa resaltar la afirmación de cómo funcionaría la modelización que construye Petras sobre las definiciones de Gramsci, como una limitante para comprender aquello que el pensador toma como intelectual orgánico, y para interpretar los fenómenos que ocurren en América Latina, al menos respecto de los intelectuales. Vilas se diferencia de Petras analizando su discurso:

Sospecho que, en una interpretación curiosa de Gramsci, Petras sugiere con estos ejemplos que todo dirigente revolucionario es un intelectual orgánico de la clase cuyo proyecto promueve; en tal caso, la proposición debería incluir a los dirigentes políticos que no son de extracción universitaria, puesto que lo que lo convierte en intelectual orgánico no es una habilidad profesional dada, o su expresividad literaria sino su capacidad para proponer y expresar un proyecto de organización política de la sociedad. En tal sentido Emiliano Zapata, Pancho Villa, Augusto Sandino, y una larga lista de dirigentes populares deberían ser considerados tan intelectuales orgánicos como los que alguna vez pasaron por la universidad. (Vilas, 1990: 6)

Sin embargo, con respecto al papel que, a partir de los '80, han jugado algunos intelectuales universitarios de la región, retomamos a Petras cuando afirma:

Para miles de otros intelectuales el ejemplo político y personal de los intelectuales orgánicos sirvió como vara de medir, a la que se aproximaban en diverso grado. Había una lucha interna continua entre el oportunismo profesional y el compromiso político, a medida que los intelectuales latinoamericanos se esforzaban por tomar decisiones existenciales. Esta lucha ya no existe: ha quedado resuelta y olvidada desde hace tiempo, en la nueva generación de intelectuales orientados por los centros de investigación. El problema es hoy cómo asegurarse mejor la mayor suma de dinero de la agencia exterior financiadora más accesible. (Petras, 1990: 5)

Petras analiza como la incorporación de los intelectuales de la universidad latinoamericanos a los centros de investigación internacional los alejó de las relaciones con la vida política y social argentina (lo mismo ocurrió en otros países de la región), y el financiamiento externo terminó por dirigir las líneas de investigación hacia los intereses de esas agencias de financiamiento externo, en muchos casos de la vida académica de la región. Modelo que se profundizó a lo largo de los '90 y que aún hoy continúa vigente. Por supuesto que no se puede generalizar la labor de quienes ejercen un rol de intelectuales, al interior de las universidades. En ese sentido, recuperamos lo que Vilas dice contraponiendo su postura a la de Petras:

Mi argumento es que existe un camino relativamente directo que conduce desde los intelectuales de ayer y de hoy a quienes Petras llama orgánicos y yo apocalípticos, a éstos que yo denomino intelectuales de protocolo. Este camino está pavimentado por el sobreénfasis en los factores exógenos favorables o perjudiciales; en una concepción elitista, jacobina incluso, de la política; en una atención desorbitada a todo lo que tiene que ver con el Estado y los aparatos; en un clasismo abstracto que negaba la especificidad de toda otra forma o tipo de identidad social; en un planteamiento maniqueo de los procesos políticos en términos de «todo o nada», que al no poder conseguirlo todo en la casa propia optó por aceptarlo todo de las versiones propagandísticas - a favor o en contra - proyectadas desde afuera sobre las casas ajenas, o bien se resignó al escepticismo, vale decir, a la nada. (Vilas, C. 1990: 13-14)

A lo largo de casi dos décadas la investigación en la región se ha visto más condicionada y comprometida con el financiamiento externo, al profundizarse el modelo

neoliberal. Esto no significa que no existan equipos de investigación que se abocan realizar su tarea desde una perspectiva de las Ciencias Sociales y Humanas que no este únicamente condicionada por la *preferida* por los organismos que financian los proyectos, a riesgo de perder oportunidades.

Los intelectuales y las urgencias actuales de América Latina

Avanzado el proceso histórico-político en América Latina, del que tomaremos algunos ejemplos más adelante, en el contexto mundial actual y en la complejidad latinoamericana en particular, nos resulta necesario introducir algunos aspectos de los elaborados por Boaventura de Sousa Santos, quien viene analizando largamente las relaciones sociales, el lugar del Estado, las funciones de la intelectualidad y de la universidad en los países del Tercer Mundo.

En su libro *Os horizontes são humanos: da regulação à emancipação*. (2002) construye una propuesta para salir de la regulación de las relaciones sociales capitalistas hacia la emancipación, logrando la desregulación de esas relaciones sociales capitalistas. Sousa Santos parte del análisis de la actualidad, a la cual llama *transición paradigmática*. Lo plantea como un período histórico y una mentalidad. Analiza la reconstrucción teórica de la regulación y de la emancipación de conformidad con análisis epistemológicos e históricos. Así, logra describir cómo se constituyó el proyecto de la modernidad como el hegemónico a través de tres elementos centrales:

- 1: la ciencia moderna fue promovida como racionalizadora de primer orden de la vida social y así asumió el privilegio epistemológico de ser la única forma de conocimiento válido.
- 2: El derecho estatal fue, del mismo modo, promovido como racionalizador de segundo orden de la vida social, asumió el privilegio de ser el único derecho válido.
- 3: La conformación de complicidades entre la ciencia moderna y el derecho estatal moderno en la construcción de la modernidad capitalista se da al reducir las tradiciones epistemológicas del 1º período del renacimiento a la ciencia moderna y las tradiciones jurídicas desde la recepción del derecho romano hasta el derecho estatal; el estado liberal ochocentista tuvo un papel fundamental y se concedió a sí mismo un privilegio político en tanto forma exclusiva de poder por sobre otros poderes sociales. Esta triple reducción se fue transformando así en una ortodoxia conceptual. (Boaventura de Sousa Santos, 2002: 347)⁸

La crítica del autor deriva de proponer una reconstrucción teórica que realce la pluralidad de formas de conocimiento, de derecho y de poder presentes en la vida social, así como las interacciones entre ellas.

En la práctica social, la dialéctica de la regulación y la emancipación son ejercidas en núcleos de *acción* y *no-acción*, conflictos relativos a la posibilidad, la propiedad, a la moral, a la legalidad, al realismo o a la normalidad. Dada la infinita variedad de relaciones sociales, el dilema de afirmarse en las formas de conocimiento, de poder o de derecho reside en el hecho de que la acentuación de esas formas acarrea su propia trivialización: si los

⁸ En portugués en el original, traducción de Alejandra Martinetto.

conocimientos, los poderes y los derechos estuvieran en todos lados, no están en ningún lado.

Sousa Santos busca un encuadre teórico para la comprensión de la relación entre derecho, poder y conocimiento. Lo construye desde tres cuestiones que plantea para entender las relaciones. Estas tres cuestiones son las que analiza a lo largo de su trabajo:

1º: reconocer que la sociedad tiene una pluralidad de órdenes jurídicas, de formas de poder y de formas de conocimiento. Pero reconocer la existencia de estas pluralidades supone una fundamentación teórica para no caer en la triple falacia de: descriptivismo, de la trivialidad y de la serialidad. Por lo tanto se deberá reconstruir teóricamente el reconocimiento de las pluralidades de orden jurídica, de los poderes y de los conocimientos.

2º: se refiere a la orientación de la acción transformativa y los obstáculos que enfrenta. En este punto se basa en Bourdieu y Giddens para caracterizar los problemas que la acción transformativa ha tenido. De Bourdieu toma la teoría de la práctica y de Giddens, la teoría de la estructuración.

Ambas teorizaciones sirven como elementos de su propuesta. Sousa Santos define las estructuras como lugares estructurales de producción de lugares comunes y de sentido común. El concepto de lugar está tomado no sólo en sentido retórico, sino también en términos socio- espaciales.

3º: la tercera cuestión se centra en las relaciones entre las sociedades nacionales, el sistema internacional y la economía mundial. El supuesto es que la teoría a desarrollar debería poder relacionar las sociedades y el sistema mundial como un sistema de totalidades parciales y no como partes de un sistema globalizante.

A su vez, Sousa Santos realiza una crítica a las teorías que han trabajado la noción de poder, centrándose en las limitantes de las concepciones de Foucault, principalmente.

Lo importante es su visión respecto de las relaciones de poder en función de un nuevo paradigma emancipatorio.

Sousa Santos se pregunta y responde: “¿Qué es el poder?: cualquier relación social regulada por un intercambio desigual. ¿Por qué una relación social?, porque ésta tiene capacidad de reproducir las desigualdades a través del intercambio interno más que por una determinación externa”. (Sousa Santos, 2002: 375)

En cuanto a las relaciones de poder, es más característico en nuestras sociedades que las relaciones de desigualdad material se hallen entrelazadas con las relaciones de desigualdad no materiales; sobre todo con la educación desigual, la desigualdad de las capacidades representativas/comunicativas y expresivas y más aún la desigualdad de oportunidades y de capacidades para organizar intereses y para participar autónomamente en procesos de toma de decisiones significativas.

Afirma que las relaciones de poder ocurren siempre como eslabones de una cadena o en constelaciones. Existe una ilusión de igualdad en las personas respecto de las relaciones de poder por el mismo carácter de constelaciones de poder que se dan en la realidad, y que esconde la verdadera relación desigual de poder en las relaciones sociales.

Según Sousa Santos (2002) todas las relaciones de poder funcionan tanto abriendo nuevos caminos, como fijando fronteras; pero no funcionan siempre los dos regímenes en simultáneo o con la misma intensidad relativa. Lo que hace de una relación social un ejercicio de poder, es el grado con que son desigualmente tratados los intereses de las partes en la relación.

Respecto de la emancipación, Sousa Santos afirma que es tan relacional como el poder contra el cual surge. No hay emancipación en sí, sino más bien relaciones

emancipatorias, relaciones que crean un número cada vez mayor de relaciones más iguales. Solo a través de un ejercicio acumulativo de capacidades que se tornan posibles por las relaciones de poder (o sea apertura de nuevos caminos) se hace viable la desarticulación de las restricciones y alterar las distribuciones, o sea, transformar las capacidades que reproducen el poder en capacidades que lo destruyen. Entonces, una dada relación emancipatoria para ser eficaz y no conducir a una frustración, se debe integrar en una constelación de prácticas y relaciones emancipatorias. Por lo tanto, distribución y capacitación, son dos fases de la emancipación. Sin cambios en la distribución, no habrá cambios en la capacitación y viceversa. Definida así, ampliamente, la emancipación corre el mismo riesgo que el poder: si la emancipación está en todos lados, no está en ninguno. Por eso surge la necesidad de especificación, de jerarquización, de estructuración, tal como con las relaciones de poder.

Una característica estructural de las sociedades capitalistas es que la existencia de esas constelaciones de poder, de derecho y de conocimiento es ignorada, ocultada o suprimida por toda una serie de estrategias hegemónicas que convierten la reducción de la política de espacio de ciudadanía, en sentido común político; la reducción del derecho al derecho estatal, en sentido común jurídico y la reducción del conocimiento al conocimiento científico, en sentido común epistemológico. Orientan la práctica social, crean un orden reconfortante y producen rótulos tranquilizadores para los espacios auto-situados.

Y es que, desde la formulación de su teoría en los años ochenta hasta nuestros días, la realidad ha dado suficientes motivos como para pensar que otro tipo de *acción colectiva* (llevada a cabo por *otros* movimientos sociales, basadas en *otra* racionalidad) puedan llevarse a cabo, provocando cambios sociales que serían impredecibles e incomprensibles si nos limitáramos a considerar sólo teorías de este tipo.

Compromiso y conversión de los intelectuales en Argentina

Durante los años '60 y '70, los intelectuales argentinos experimentaron, como en otros países de la región y sobre todo en los del Cono Sur del cual forma parte, un proceso de radicalización que acompañó el aumento de las luchas sociales, la profundización de las demandas de transformación de la sociedad.⁹ Intelectuales formados en la construcción de las propias ciencias sociales latinoamericanas, objeto de estudio propio en el propio contexto.

Este movimiento se nutría de la repercusión creciente del marxismo autónomo de la tutela soviética, del profuso pensamiento suscitado por los movimientos de descolonización y liberación nacional, la revolución cubana y de la crítica radical que sufría la cultura del individualismo y el consumismo.

Grandes masas intelectuales se sumergieron en la idea del compromiso activo con la lucha de las clases oprimidas, impregnados por la lectura de Sartre, Fannon, Marcuse, Althusser, entre otros.

De este modo el pensamiento aparecía como una forma de dar el combate social y político de lo contrario, en el imaginario social quedaba al servicio, consciente o no, de la clase dominante, lo que era mal visto por los colegas y por la sociedad.

Las formas que tomó la lucha social fueron múltiples: *lucha de calles*, organización armada para desarrollar la lucha antidictatorial, fuerte crecimiento de las organizaciones

⁹ El presente apartado intenta recuperar algunos planteos del capítulo "Intelectuales y política" del libro *Los años de Menem, Cirugía mayor*, Publicado por el Centro Cultural de la Cooperación en 2002. Los autores son Julio Gambina y Daniel Campione.

obreras, estudiantiles, entre otras.¹⁰ El hito en este encuentro estudiantes - obreros fue para Argentina el llamado Cordobazo, de 1969, que pondría fin a la dictadura del Gral. Onganía¹¹.

El optimismo se tradujo en que:

Entre la intelectualidad que se había involucrado activamente, casi era pecado dudar de la cercana perspectiva de triunfo y consiguiente transformación radical de la sociedad. (Gambina y Campione, 2002: 118)

La triple A (Alianza Anticomunista Argentina) durante el gobierno constitucional de Isabel Perón y luego más firmemente la dictadura de 1976, hicieron frente a estos movimientos de la mano de apoyos secretos de los Estados Unidos y modos de intervención aprendidos en la Escuela de las Américas.

1976-1983 fue el período más oscuro y violento de nuestro pasado reciente, marcado por el terrorismo de Estado, la desaparición de personas y la censura, con pretensiones fundacionales que explican la instauración de la crisis argentina que llega hasta nuestros días. La vida universitaria estuvo signada por la doctrina de la seguridad nacional, la represión a profesores y alumnos y la censura de teorías. La admisión de docentes y estudiantes estaba sujeta a los servicios de inteligencia (Naidorf, 2009).

Tras la represión homicida y la censura de la dictadura, llegó en los ochenta el resurgir de una vida intelectual dotada de libertad de expresión.

Pero, desgraciadamente, en ese periodo se plasmó el mayoritario abandono de las posiciones revolucionarias desarrolladas en la etapa previa a la dictadura. (Gambina y Campione, 2002: 122)

Algunos de ellos retornaron del exilio, otros encontraron formas de vinculación desde otros países.

La asimilación del doloroso impacto, en lo colectivo y en lo personal, que significó la dictadura y la derrota, junto con un cambio de clima en el ámbito mundial que favorecía cada vez menos a las propuestas radicalizadas, hicieron que pocos mantuvieran con decisión la perspectiva anticapitalista y revolucionaria. Pocos ejemplos pueden registrarse de continuidad en una línea de pensamiento y acción, más como testimonio de una generación que como potencialidad de construcción de una nueva intelectualidad revolucionaria (Gambina y Campione, 2002). “El fracaso en la tentativa de *asaltar el cielo* impulsó a la

¹⁰ Para un desarrollo de los acontecimientos históricos de Argentina y América Latina, recomendamos consultar, entre otros: Romero, Luis A.: *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. Capítulos: VII, VIII y IX; Sidicaro, Ricardo.: *Los Tres Peronismos Estado y Poder económico 1946-1855/ 1973-1976/ 1989-1999*. Siglo XXI editores, Buenos Aires. Capítulo: “El Peronismo contra el Estado: El Gobierno 1989-1999”. Cavarozzi, Marcelo: “El fracaso de la semi-democracia y sus legados”. En: *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992; Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas. “Ascenso y apogeo peronista (1940-1949)”. En: *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Editorial Ariel, Buenos Aires.

¹¹ Para ampliar, se puede consultar: “La década del ’80 en la universidad pública. Normalización post-dictadura y transición hacia la reforma de los años ’90”. Martinetto, Alejandra B. En: *Eccos- Publicação científica do Programa de Pós-Graduação em Educação (PPGE), do Centro Universitário Nove de Julho (Uninove) – Sao Paulo - Brasil, Vol 10, N° 2/2, Jul/Dez. 2008. (p. 499- 519) N° ISSN: 1517-1949. También disponible en: www.uninove.br/publicacoes.*

reflexión de muchos en dirección a concluir que aquel *cielo* no existía como tal, o al menos no podía ser trepado sin el seguro castigo de una desmanteladora caída desde las alturas” (Gambina y Campione, 2002: 126).

De la aspiración a cambiar por su base la configuración de la sociedad y las relaciones de poder en el seno de la misma, se pasó, más o menos bruscamente, a un reformismo preocupado por la gobernabilidad, tributario en gran medida del pensamiento socialdemócrata. Esto en una etapa en que la socialdemocracia viraba a la derecha en todo el mundo, al compás de la contraofensiva del gran capital que se dejó percibir desde el advenimiento de Margaret Thatcher en Inglaterra y sobre todo de Ronald Reagan en EE. UU.

Era decisivo en la conformación de esta nueva visión del mundo, el efecto de encantamiento que jugaba el retorno a la institucionalidad republicana como fruto de un procesamiento de la derrota que tendía a perpetuarla, al interpretarla como demostración de lo inadecuado de los objetivos que se habían planteado en aquellos años *incandescentes*. En el imaginario colectivo las acciones y el modo de ver el mundo los años 60 –70 podían rescatarse para la memoria histórica pero no para la acción política del presente y del futuro cercano. A partir de allí, muchos decidieron creer en la promesa simbólica que formulaba el primer presidente de la restauración democrática argentina Raúl Alfonsín y la célebre frase con la democracia se come, se cura, se educa... Prontamente esta promesa simbólica que inspiró el accionar de los intelectuales se vería drásticamente desmentida en todos sus términos.

La caracterización epocal conservaba la noción de etapa intermedia que da el término *transición*, pero ya no estaban comprometidos con el fin del capitalismo sino apenas la consolidación de un régimen político que, en el talante contestatario de la época anterior, casi no se mencionaba si no era con el calificativo de “burguesa” o al menos “formal”.

“La modesta utopía de un parlamento eficaz y una justicia autónoma, de la celebración de las elecciones limpias en los plazos programados; aspiraba a reemplazar a las consideraciones sobre la conformación de un poder popular o de la autoorganización y autogobierno de masas, característica de la democracia participativa o de los de abajo, en el mejor estilo de las grandes revoluciones” (Gambina y Campione, 2002; 132).

Algunos intelectuales prefirieron sacar de su vocabulario la palabra revolución y la *lucha de calles* dio paso a un nuevo escenario en el que se podían librar las luchas: el de los medios de comunicación.

Afirman Gambina y Campione que “otros intelectuales experimentaron una conversión incluso más completa, plegándose a los conceptos de la corriente principal de las ciencias sociales norteamericanas y presentando la arquitectura institucional y las reglas de juego como objetos de excluyente interés, generando una literatura politológica de aparente sofisticación pero muy superficial en el ámbito de reflexión, que procuraba desplazar violentamente las preocupaciones sobre el destino real de la sociedad por los análisis electorales, las encuestas de opinión, etc”. (Gambina y Campione, 2002 137).

La democracia se vació de contenido y pasó a considerarse como un conjunto de reglas para la selección de las elites dirigentes.

La presidencia de Menem (1989-1999) descolocó a radicales y peronistas *aggiornados* y no *aggiornados*. Los propios valores de los partidos se vieron derrotados. Tomó impulso, con un ímpetu y seguridad desconocida en el pasado, una intelectualidad de derecha, abanderada de la modernización y la tecnocracia, influida en gran medida por las corrientes de pensamiento neoliberal que se hacían hegemónicas en el ámbito mundial. Organizados en fundaciones y *think-tanks* de variado tipo, afiliados sin rubores a los principios de la libre

empresa, “partidarios del desmantelamiento de todo lo que *oliera* a Estado benefactor o intervencionista, ocuparon un lugar central en la dirección de la sociedad y la política en todo el período de Menem”. (Gambina y Campione, 2002: 149). A la organicidad y aparente coherencia de esta forma de describir los acontecimientos sociales se la denominó *Pensamiento Unico* y abundó la literatura que hizo referencia a esta.

Superaban en eficacia y organicidad al viejo modelo de pensadores del *establishment*. Con su discurso moderno y una imagen trabajada y mediática se propusieron (y lo lograron) incluir entre sus cuadros a ex socialcristianos y hasta ex intelectuales de izquierda.

Además de su labor concreta como funcionarios e ideólogos, su encumbramiento tuvo otra consecuencia importante: confirieron legitimidad en el campo intelectual al pensamiento neo-conservador, que en épocas anteriores había resultado impresentable, salvo en ciertos ámbitos ligados más a la empresa que a la academia.

La llamada conversión, transformismo y cooptación desconcertaron a las clases populares y también a estudiantes universitarios. Los abultados sueldos de los funcionarios de los ministerios producto de dos factores: la engañosa convertibilidad (1 dólar = 1 peso) y la lluvia de dólares que los organismos internacionales inyectaron en apoyo a estas políticas, fue otro modo de cooptación que entusiasmó a algunos a cambiar su ideología.

Algunas experiencias que influyeron en la quebrada intelectualidad que todavía se sentía ligada a una especie de progresismo son las que se vincularon al proyecto del Frepaso. Una *melange* de partidos e individuos provenientes de la Unión Cívica Radical y del partido Justicialista, de la izquierda y hasta del conservadurismo, se propusieron ser una alternativa a Menem, apuntando a la corrupción como el punto principal de cuestionamiento .

Este partido fue creciendo a través de los años menemistas y luego se fusionó con fines puramente electorales en una Alianza con los sectores de la UCR.

Este proyecto que fue una especie de *mezcolanza* de ideas contradictorias que aparecían como confusas incluso para gran parte de los intelectuales y mucho más fuertemente en la opinión pública general, generó una gran expectativa (con un *mix* de esperanzas) que dio un 51% de apoyo electoral en 1999.

El gobierno de la Alianza resultó ser más de lo mismo pero con un nivel de legitimidad mucho menor al que gozó Menem durante los 10 años en que estuvo en el poder.

El pueblo argentino en un todavía muy debatido hecho histórico fundamental de nuestra historia provocó lo que aquí llamamos *el estallido* el 19 y 20 de Diciembre de 2001.¹²

Algunos creyeron que era el inicio del fin del período contrarrevolucionario iniciado por las dictaduras de los '70. Otros que la insurrección tuvo un fuerte impacto por una clase media solamente enardecida producto de la inmovilización de sus depósitos bancarios del denominado *corralito financiero*.

Sin duda la intelectualidad argentina se vio una vez más interpelada. Los movimientos sociales comenzaron a revisar sus referentes teóricos y algunos reclamaron nuevas formas de interacción y de definición intelectual.

Hasta aquí los intelectuales habían virado hacia la dirección de las modas ideológicas, el resto parecía haber quedado pura la melancolía o en una nueva búsqueda identitaria.

¹² El inicio tuvo que ver con una renovada irrupción de la protesta popular a través de *cacerolazos* y marchas en las calles que provocaron la renuncia del Presidente Aliancista De La Rúa. La insurrección dio lugar al fortalecimiento de las organizaciones piqueteras (movimiento de desocupados que desde 1993 se venía manifestando) y asambleas populares, movimiento de fábricas recuperadas, entre otros. .

Algunos actuaron en forma esquizofrénica definiéndose como intelectuales de izquierda y a su vez actuaban en los medios de comunicación, en cargos públicos o como asesores de los organismos internacionales, como verdaderos estandartes del neoliberalismo. Al mismo tiempo muchas investigaciones *light* se esparcían por la academia.

Mientras algunos ciudadanos comían *pizza con champagne*, otros se morían de hambre. La desocupación y la indigencia llegaron a límites insoportables de 20% de la población económicamente activa, la brecha entre ricos y pobres se amplió escandalosamente.

Estos planteos no pretenden desconocer que hubo algunos grupos que sostuvieron sus ideales a pesar de las dificultades entre ellos los movimientos por los derechos humanos., movimientos de desocupados y hasta un disperso movimiento estudiantil y ciertos grupos de intelectuales.

Entre algunos de los movimientos sociales latinoamericanos que irrumpieron en los '90 y que fueron emblemáticos para el mundo entero se encuentran el Movimiento Sin Tierra en Brasil o el Movimiento Zapatista. Sobre este último hemos decidido indagar por lo rico de la reflexión sobre el rol del intelectual que desde este movimiento se plantea.

Un ejemplo de imbricación –articulación, no –imbricación y no-articulación entre movimientos sociales - intelectuales y viceversa

El siguiente es un análisis sobre las declaraciones del EZLN publicadas en julio de 2003 en la revista *Rebeldía*. El Subcomandante Marcos denuncia que el lugar de la teoría (y del análisis teórico) en los movimientos políticos y sociales suele obviarse. Sin embargo, afirma, todo lo evidente suele esconder un problema, en este caso: el de los efectos de una teoría en una práctica y el *rebote* teórico de esta última. El problema de la teoría es también el problema de quién produce esa teoría.

Veamos en este caso como define la categoría de intelectual y el papel que debe jugar en relación con los movimientos sociales:

No empato la noción de teórico o analista teórico con la de intelectual . Esta última es más amplia. El teórico es un intelectual, pero el intelectual no siempre es un teórico. El intelectual (y, por ende, el teórico) siente que tiene el derecho de opinar sobre los movimientos. No es su derecho, es su deber. (Subcomandante Marcos, 2003; 3)

He aquí una respuesta a la sospecha acerca de una interpretación errónea que supone que en los movimientos sociales se puede llegar a menospreciar el análisis de los intelectuales. Por otra parte se destaca que ese papel no se acepta como el acotado a cierto grupo sino que se amplía la categoría hacia los llamados *activistas*. He aquí el aspecto ya muy criticado y analizado a partir los postulados de Foucault:

Algunos intelectuales se convierten en los nuevos comisarios políticos del pensamiento y de la acción, reparten títulos de bueno y malo. (Subcomandante Marcos, 1993: 3)

Respecto de los *juicios* que establecen los intelectuales sobre el accionar del movimiento el Subcomandante Marcos afirma:

Nosotros pensamos que un movimiento no debe devolver los juicios que recibe y catalogar a los intelectuales como buenos o malos, según cómo

califican al movimiento. El antiintelectualismo no es más que una apología propia incomprendida y, como tal, define a un movimiento como púber. Nosotros creemos que la palabra deja huella; las huellas marcan rumbos; los rumbos implican definiciones y compromisos. Quienes comprometen su palabra a favor o en contra de un movimiento no sólo tienen el deber de hablarla, también el de *agudizarla* pensando en sus objetivos. (Subcomandante Marcos, 2003: 4)

Esta *agudización* significa responder a las preguntas que todo intelectual debe efectuar y efectuarse a sí mismo. Son las preguntas del compromiso intelectual. Son preguntas que deben acompañar a la palabra. No para acallarla o bajar su volumen, sino para completarla y hacerla efectiva, es decir, para que se escuche lo que habla por quien debe escucharla.

Pero ¿Cuál es la diferencia que caracteriza el lugar de producción intelectual?

Producir teoría desde un movimiento social o político no es lo mismo que hacerlo desde la academia. Y no digo academia en sentido de asepsia u objetividad científica (inexistentes), sino sólo para señalar el lugar de un espacio de reflexión y producción intelectual *fuera* de un movimiento. Y fuera no quiere decir que no haya simpatías o antipatías, sino que esa producción intelectual no se da desde el movimiento, sino sobre él. (Subcomandante Marcos, 2003: 5) .

Una cuestión es trabajar con los movimientos y otra es ser o pretender ser, un guía de los movimientos.

A veces ocurre que algunos de los analistas de academia aspiran a dirigir un movimiento, es decir, a que el movimiento siga sus directrices. Ahí, el reproche fundamental del académico es que el movimiento no lo obedezca, así que todos los errores del movimiento se deben, básicamente, a que no ven con claridad lo que para el académico es evidente. Desmemoria y deshonestidad suelen campear estos analistas de escritorio. En la teoría, este académico produce el equivalente a la comida chatarra del intelecto. (Subcomandante Marcos, 2003: 6)

Desde esta perspectiva, se pueden rastrear los conceptos volcados acerca de los planteos de Foucault y su relación teórica con este tipo de organizaciones, y la diferencia con los desarrollos más tradicionales de la academia, en este caso sentencia:

Si la academia se equivoca, olvida; si el movimiento se equivoca, fracasa. Aquí se plantea otro tipo de relación entre los mismos elementos. En ocasiones, la dirección de un movimiento busca una coartada teórica, es decir, algo que avale y dé coherencia a su práctica, y acude a la academia para surtirse de ella. En estos casos la teoría no es más que una apología acrítica y con algo de retórica. (Subcomandante Marcos, 2003:6).

La crítica producto de las distorsiones antes enunciadas tanto de los *intelectuales de escritorio* así como la búsqueda de su propia reflexión teórica implica para Marcos - y enunciándose en un nosotros con el EZLN- ,

Nosotros creemos que un movimiento debe producir su propia reflexión teórica (ojo, no su apología). En ella puede incorporar lo que es imposible en un teórico de escritorio, a saber, la práctica transformadora de ese movimiento. Nosotros preferimos escuchar y discutir con quienes analizan y reflexionan teóricamente en y con movimientos u organizaciones, y no fuera de ellos o, lo que es peor, a costa de esos movimientos. Sin embargo, nos esforzamos por escuchar todas las voces, prestando atención no en quién las habla, sino desde dónde se habla.

En nuestras reflexiones teóricas hablamos de lo que nosotros vemos como tendencias, no hechos consumados ni inevitables. Tendencias que pueden (y deben) ser revertidas.

Nuestra reflexión teórica como zapatistas no suele ser sobre nosotros mismos, sino sobre la realidad en la que nos movemos. Y es, además, de carácter aproximado y limitado en el tiempo, en el espacio, en los conceptos y en la estructura de esos conceptos. Por eso rechazamos las pretensiones de universalidad y eternidad en lo que decimos y hacemos. (Subcomandante Marcos, 2003: 7)

Aquí se produce un interesante planteo en torno a lo que Gramsci afirmaba acerca de la teoría - acción. Siendo esta última base de la primera. No se trata de una sobre otra, sino de una acción conjunta.

Las respuestas a las preguntas sobre el zapatismo no están en nuestras reflexiones y análisis teóricos, sino en nuestra práctica. Y, en nuestro caso, la práctica tiene una fuerte carga moral, ética. Es decir, intentamos (no siempre con fortuna, es cierto) una acción no sólo de acuerdo con un análisis teórico, sino también, y sobre todo, de acuerdo con lo que consideramos es nuestro deber. Tratamos de ser consecuentes, siempre (Subcomandante Marcos, 2003: 8).

A continuación plantea una dura crítica a la academia y se define el papel de las *vanguardias*, que nuevamente nos remite al pensador italiano y su aporte sobre la cultura y la formación de los intelectuales:

Las vanguardias sienten el deber de dirigir algo o a alguien (y en este sentido guardan muchas similitudes con los teóricos de academia). Las vanguardias se proponen conducir y trabajan para ello. Algunas hasta están dispuestas a pagar los costos de los errores y desviaciones de su quehacer político. La academia no.

Nosotros sentimos que nuestro deber es iniciar, seguir, acompañar, encontrar y abrir espacios para algo y para alguien, nosotros incluidos. Un recorrido, así sea meramente enunciativo, de las distintas resistencias en una nación o en el planeta, no es sólo un inventario, ahí se adivinan, más que presentes, futuros.

Quienes son parte de ese recorrido y de quien hace el inventario pueden descubrir cosas que quienes suman y restan en los escritorios de las ciencias sociales no alcanzan a ver, a saber,. Sobre todo importa el camino, el rumbo, la tendencia. Al señalar y analizar, al discutir y polemizar, no sólo lo hacemos para saber qué ocurre y entenderlo, sino también, y sobre todo, para tratar de transformarlo. La reflexión teórica sobre la teoría se llama metateoría. La metateoría de los zapatistas es nuestra práctica. (Subcomandante Marcos, 2003: 9)

Seguramente mucho tendremos que seguir debatiendo, reflexionando y procesando acontecimientos tan urgentes y cercanos que se nos plantea en esta castigada América Latina. Al pasar por el tamiz de los ejemplos que hemos tomado, las propuestas de los diversos autores citados adquieren una dimensión diferente, más clara, tal vez, de lo que cada uno propone o analiza en su contexto histórico.

Si nos ubicamos en la construcción descrita para el modelo de Sousa Santos, este sería un ejemplo de lo que describe como un movimiento emancipador. Pero a su vez, nos sirve el ejemplo para ilustrar como funcionaría la meta-lectura desde su sociología de las emergencias: el zapatismo ha integrado las formas culturales propias que se iban perdiendo, ha desarrollado innumerables escuelas en las que los saberes circulan entre la comunidad, no hay un dueño del saber hegemónico, el saber se comparte, se rescatan los saberes de los ancianos para recuperar sus propias formas culturales. Hay un pensamiento puesto en marcha y una construcción en el propio proceso que construyen: el movimiento se piensa a la vez que actúa.

El futuro es incierto pero no se pretende (¿o sí?) esperarlo mirando para otro lado. Podemos empezar con el ejercicio de preguntarnos nuevamente (o por primera vez): ¿con cuáles grupos ha estado comprometido hasta ahora? ¿A quiénes ha servido consciente o inconscientemente? ¿Cómo se reflejan en sus obras los intereses de clase, económicos, políticos o religiosos de los grupos a que ha pertenecido?, ¿Cuáles son los grupos que no temerían que se hiciese una estimación realista del estado de la sociedad y que por lo mismo brindarían todo su apoyo a la objetividad de la ciencia?, ¿Cuáles son los grupos, movimientos o partidos políticos que buscan servir realmente al conjunto de la sociedad, sin pensar en sí mismos, sino en el beneficio real de las gentes marginadas que hasta ahora han sido victimizadas por la historia y las instituciones? ¿Cuáles son los grupos que, en cambio, se benefician de las contradicciones, inconsistencias e incongruencias reinantes?

Revisiones críticas y reflexiones sobre el intelectual y los nuevos movimientos sociales

En este apartado nos centraremos en presentar algunas reflexiones en torno a los recientes análisis acerca de los denominados nuevos movimientos sociales. Nos resulta interesante confrontar la producción teórica a la luz de las posturas de aquellos que hacen al movimiento social desde un rol de intelectual, tal vez no siempre reconocido por los protagonistas. Comenzamos por el análisis que realizara Bourdieu (2002), en el artículo *Los investigadores y el movimiento social*, a partir del que nos preguntamos cuál es la función del intelectual hoy en los movimientos sociales.

Bourdieu afirma en su artículo que el intelectual no es ni un profeta, ni un faro intelectual, es decir no andará dando lecciones. Sostiene que el intelectual “debe inventar un nuevo rol, debe escuchar, debe investigar e inventar; debe tratar de ayudar a los organismos

que tienen por misión (...) resistir la política neoliberal, debe darse como tarea asistirlos proveyéndolos de instrumentos. En particular instrumentos contra el efecto simbólico que ejercen los expertos comprometidos con las grandes empresas multinacionales. Trabajar para una invención colectiva de estructuras colectivas de invención (...) que harán nacer (...) nuevos objetivos y medios internacionales de acción” (Bourdieu, 2002; 3)

En estas reflexiones, Bourdieu se acerca a lo que planteáramos más arriba acerca de la visión de Wallerstein y la necesidad de impensar las ciencias sociales, de construir las nuevas categorías desde la problemática actual, desde la realidad de los países periféricos y de los grupos excluidos, desde los desempleados, entre otros. Por otra parte, analiza las experiencias más recientes en la historia como es el surgimiento de los nuevos movimientos sociales a los que atribuye originalidad dado que considera que no se pueden equiparar con otras formas de lucha o protesta típicas de momentos históricos pasados¹³.

Siguiendo esta línea de análisis, Svampa (2004) señala la necesidad de redefinir el rol del intelectual en tanto reconstrucción del rol intelectual crítico. La autora plantea una crítica a la figura del intelectual como experto o como un académico ajeno a lo que acontece en la sociedad, entiende que es necesario involucrarse acompañando los movimientos sociales aunque con cierta distancia “que permita mantener un equilibrio inestable con los movimientos” (Svampa, M: 2004: 25).

En función de lo anterior pretendemos destacar las opciones que una nueva intelectualidad debería tener en cuenta. Así como planteamos que los nuevos movimientos sociales no pueden equipararse a otras manifestaciones populares pasadas, tampoco el contexto socio- económico- político y cultural signado por la pobreza estructural de más de una generación, nos da pistas para encontrar en el pasado, modelos de intelectualidad que sean viables en las condiciones presentes. Es decir, que aunque suele primar en algunos ámbitos la melancolía por un pasado idealizado, no nos es suficiente traspasar las definiciones construidas en un tiempo y espacio local y global muy diferente para aplicarlos a los escenarios actuales y futuros.

Sin embargo, y a pesar de lo antedicho, el recorrido histórico de los tipos de intelectual que se han caracterizado en las últimas décadas así como las características propuestas por los distintos autores hasta aquí presentados, nos sirven de base para pensar la construcción de nuevas alternativas para estos tiempos.

En primer lugar, el perfil del intelectual que estamos pensando, está, por un lado, ligado a un contexto particular tanto de acción como de reflexión en que desarrolla su tarea. Especialmente y a pesar de la riqueza natural que el intercambio con otros brinda, rescatamos y destacamos la importancia y la necesidad profunda de una producción propia de nuestro sub-continente, pensándose a sí mismo.

En segundo lugar, insistimos en la continuidad de ciertos valores preexistentes como son los de compromiso (desde la idea sartreana) así como la importancia del rol de intelectual en la construcción de la propia cultura como motor del cambio social, desde una perspectiva gramsciana.

En tercer lugar compartimos con Wallerstein la importancia del trabajo intelectual con los movimientos sociales y los de antiglobalización. Esta perspectiva que creemos todavía incipiente y con grandes retos para el futuro, posee el enorme desafío de la construcción conjunta de una nueva cultura solidaria y contrahegemónica todavía pendiente en nuestra región.

¹³ Para revisar las ocho características que distinguen los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) de los históricos o tradicionales movimientos sociales ver (Zibecchi, 2003).

En cuarto lugar, este perfil interpela a la propia academia y también a los espacios universitarios, en un contexto de urgente redefinición de la relación universidad- sociedad. Rescatamos en este punto las conceptualizaciones de Florestan Fernandes acerca del papel que las ciencias sociales debieran jugar en pro de una transformación social hacia un modelo más igualitario.

En quinto lugar, y también producto de nuestra experiencia histórica, entendemos que el intelectual debe guardar coherencia entre su palabra y su acción, la actitud y el desempeño que lleva a cabo en su cotidianeidad. Sostener los valores de espíritu crítico, la lucha por la igualdad, el compromiso social, la búsqueda de caminos hacia la transformación como claro horizonte de la acción.

En sexto lugar, el intelectual debiera reconocer su trabajo dentro de un contexto determinado y de una perspectiva local que se inserta en un marco global. Como partícipe de los espacios de discusión sobre modelos contrahegemónicos, también le incumbe la tarea de hacer escuchar la voz de los sin voz.

Por último, el intelectual tiene la obligación de decir, aunque su palabra no deba ser tomada ni como la verdad revelada ni como la única posible. Esto último significa apelar a su capacidad explicativa y por qué no, prospectiva, respecto de cómo sería el mundo si las condiciones actuales continúan y de cómo podría ser si se construye conjuntamente con la sociedad un conocimiento que imagine que el *inédito viable* sea posible.

Algunas conclusiones preliminares **Los Intelectuales: idea y acción- acción e idea**

Entender el papel de intelectual hoy implica en primer lugar romper con la idea del intelectual como concientizador de masas. Ser intelectual hoy implica el desafío de inventar a partir de la experiencia histórica, en el nuevo contexto, un nuevo contexto, valga la redundancia. Para desmistificar esta idea del intelectual como iluminador o como un concientizador de masas, debemos permitirnos plantear un intelectual desde la multitud y no desde la masa y desde la acción compartida.

En este sentido, creemos que una manera de poder comprender la actualidad y actuar en función un cambio de las relaciones de poder hoy vigentes, es importante partir del análisis en profundidad de la historia América Latina, y la propuesta fue aquí revisar aspectos del pasado en los años '60 y la post dictadura. Pensamos que en esa época se problematizó la posibilidad de pensar una producción de conocimiento propia de la región a partir de una ligazón entre una parte de la intelectualidad y el pueblo.

Con la vuelta a la democracia, la fiebre por cuidar esa incipiente “libertad”, parecía hacer olvidar aquellos principios tan caros a buena parte de la sociedad acerca de la igualdad social. Los negociadores de la transición, más atentos a cuidar los posibles enojos de los poderosos de siempre, aceptaron conducir una endeble democracia atada de pies y manos.

Nuevamente el lenguaje fue estructurador de los discursos y hasta de las acciones: ya no hablamos de la masa, el pueblo, la igualdad, la revolución, etc. Según lo que nos dictó un sector de la intelectualidad hoy somos ciudadanos, trabajamos por la equidad social, la justicia social, el bienestar. Aquellas palabras tan presentes en la poesía, en la música, en los diarios y las radios hoy tiene un tinte de cosa antigua, *demodé*, un poco romántica, como un sueño imposible que murió con tantas muertes. Desde esos mismos ámbitos la cultura que se construye lo hace sobre otros pilares: se supone que ahora somos posmodernos, postindustriales, admiramos la cultura light, el consumismo, la sociedad del conocimiento, la era de la comunicación, en los noventa empezamos a estar globalizados, estuvimos por una

década en el primer mundo y todas esas cuestiones que bien conocemos y que como mentira tanto daño han causado.

En este nuevo escenario, otros intelectuales también contaron que la aplicación de políticas neoliberales sobre todo en los '90, dieron como resultado la pauperización de la región, aumento de la pobreza, exclusión, social, aumento de la deuda externa a valores impensables con la consiguiente vuelta a las relaciones de tipo colonial que hoy padecemos. Pero nos lo contaron tarde.

El desafío actual.

No obstante y dentro de la línea de nuestro análisis, nos interesa destacar que en este mismo contexto de exclusión y miseria, signado por una cada vez mayor desigualdad en la distribución de la riqueza (bienes materiales y simbólicos/culturales), han surgido nuevas formas de organización social, movimientos con características propias, cuyas particularidades inéditas evidencian un marco histórico social novedoso a la vez que complejo. Y es en este contexto, atravesado por nuevos procesos de organización en los que se crean y recrean estrategias de lucha, en el que el papel del intelectual y su compromiso con la realidad cobran nuevos sentidos. Estas formas de organización social que distintos movimientos sociales han engendrado interpelan el trabajo intelectual de quienes entienden el compromiso como *engagement* o compromiso-acción. Esta vez ya no es posible llegar tarde.

Por otra parte, parece estar construyéndose un espacio de nuevas formas de Estado en algunos países de la región, a la vez que un nuevo de relaciones entre ellos como el devenir del Mercosur, la creación de UNASUR, entre otras estrategias, que estarían mostrando un escenario diverso y diferenciado al de décadas anteriores.

En este sentido nos preguntamos cuál es o cuáles son las formas que adquiere esta relación de compromiso y de qué modo los intelectuales acompañan/construyen conjuntamente o simplemente se apropian de nuevas problemáticas como instrumento de una autolegitimación o como mero *objetos de estudio*.

Asimismo, esta indagación acerca del lugar de la universidad (y los intelectuales dentro de ella) debieran asumir nuevas formas en tanto espacio de formación y de producción de conocimiento en este nuevo contexto. Lo anterior se justifica en función construir un nuevo orden que nos involucre a todos. Tal vez retomando los conceptos de compromiso, ideología y acción, analizados en este trabajo podamos aportar algunas ideas sobre el camino a seguir.

Reconstruir la historia de aquella época, traer nuevamente a la luz los discursos, los conceptos, las personas, las culturas que abonaban los movimientos, revisar esa historia escondida maltratada e *iconizada* es un principio. Desde esa reconstrucción histórica y del análisis de la actualidad sobre la base de aquellos desarrollos teóricos puede surgir la posibilidad de llevar adelante acciones tendientes hacia el cambio social que tanto deseamos.

En la nueva coyuntura cabe preguntarse cuál es la salida hacia un cambio cualitativo en la región de tipo inclusivo. Creemos que una propuesta regional, basada en la historia de nuestras sociedades, en las necesidades de nuestro pueblo y rescatando la construcción de nuestra cultura sobre la base de aquella otra que ha sido constantemente invadida por la cultura global, podría hacer realidad aquella afirmación de Paulo Freire: *Outro mundo e possível*. La construcción de esa realidad depende de la sociedad y de los intelectuales comprometidos con la idea de cambio social.

Incipientes muestras de deseo de cambio y de crítica neoliberal que todavía no han madurado como para sacar conclusiones son los cambios en los gobiernos de Brasil,

Venezuela, Argentina, Uruguay, Chile y Bolivia, teniendo en cuenta las enormes diferencias y especificidades de cada caso.

Las implicancias para la política educativa de todo lo aquí expuesto, atraviesan todo nuestro trabajo. La finalidad primera no ha sido concebir un avance sobre cuáles serían esas implicancias.

Así, este ensayo ha intentado recuperar ciertas reflexiones teóricas que más que respuestas sean conceptos para pensar algunas de las múltiples incertidumbres que son intrínsecas a la tarea intelectual e interpelarlas a la luz de nuestro tiempo y los escenarios posibles para el futuro.

Bibliografía

- Aguilar, S. (2001). “Movimientos sociales y cambio social: ¿Una lógica o varias lógicas de la acción colectiva?”, EN *Revista Internacional de Sociología*, 30, Septiembre-Diciembre de 2001, PP. 29-62.
- Bourdieu, P. (2002) *Los investigadores y el movimiento social*. Publicado en: www.forum-global.de/soc/bibliot/b/bourdinvestig.htm (última consulta: abril-08)
- Bourdieu^P (1999) *De las regularidades a las prácticas*. Publicado en: www.fsoc.uba.ar/publicaciones/conferencias/ (última consulta: abril-08)
- Bourdieu, P (1999). *Intelectuales, política y poder*. EUDEBA, Buenos Aires..
- Bourdieu, P (1999). *Repensar el movimiento social*. Publicado en: www.fsoc.uba.ar/publicaciones/conferencias/ (última consulta: abril-08)
- Casullo, Forster, Kaufman, 1999: *Itinerarios de la modernidad*, EUDEBA, Buenos Aires
- Dos Santos, T: “La estructura de la dependencia”; en *Realidad Nacional y latinoamericana*. Lecturas. Instituto nacional de investigación y desarrollo de la educación. Lima Perú. 1974.
- Fals Borda, O: “Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis” en *Ciencias Sociales: Ideología y realidad nacional*, Edit. Tiempo contemporáneo, 2ª ed., Buenos Aires, 1974
- Fernández, F: “Las ciencias sociales en Latinoamérica” en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Vol. 28, N°2, 1966
- Fernández Buey, F (2001): *Volver a leer a Gramsci.*, Editorial: El viejo topo, Barcelona.
- Gunder Frank, A. “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología”. En: *Pensamiento crítico*, n° 23, 1968, también publicado en *Desarrollo indoamericano*, (Barranquilla, Col) n° 10, mayo 1969; y su “Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista”, *Ruedo Ibérico* (París), n° 15, octubre-noviembre 1967.
- Foucault, M. (1992): *Microfísica del poder*. Madrid. La piqueta.
- Foucault, M. (1971): “Más allá del bien y del mal”, en *Revista Actuel*, Francia.
- Gambina, J y Campione, D “.Intelectuales y Política”. En: *Los años de Menem* Editorial Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, 2002
- Gramsci, A.(1975): “La formación de los intelectuales” En: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México D. F., Juan Pablos Editor.
- Ianni, Octavio: “La sociología en América Latina” en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 1, N° 3, Noviembre, México, 1965
- Naidorf, Judith (2009) *Los cambios en la cultura academica de la universidad pública* EUDEBA, Buenos Aires
- Martinetto, A. B. (2008): *Universidad pública actual: ¿modelo en crisis o espacio social en pugna hacia una nueva conformación?*. Tesis (no publicada) para optar por el título de Magíster de la Universidad de Buenos Aires en el área de

- Políticas Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires (Mimeo en biblioteca)*
- Petras, JAMES (1990): “La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos” en *Estudios Latinoamericanos*, México, N° 5, julio-diciembre 1988, 81:86.
Disponibile en: <http://www.librotauro.com.ar/buscar.php>. Fecha de última consulta: 20-05-10
- Portelli, Hugues (2002): *Gramsci y el bloque histórico*. Siglo Veintiuno editores, Mexico.
- Prigogine, P. (1996): *El fin de las certidumbres*. Citado por Wallerstein, I. (1999): *El fin de las certidumbres y los intelectuales comprometidos*. Discurso realizado al recibir el doctorado *honoris causa* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 23/09/99.
- Schumpeter, J.(1968): “Science and Ideology”. En: *American Economic Review*, n° 2, vol. 39, marzo 1949; traducido como Ciencia e Ideología, Buenos Aires, Eudeba, 1968
- Roitman Rosenmann,(2003) M Lección 1. Curso: Estructura Social Y De Poder En América Latina. Modulo 1. Clase 1. *Titulo De La Sesión*. “El desarrollo de la sociología latinoamericana”, Campus Virtual Clacso, .
- Roitman, M (1995): “América Latina en el proceso de globalización” en *Cuadernos de Colección en Mundo Actual situación y perspectivas*, UNAM, México,. Versión corregida y ampliada bajo el título América Latina: Los límites de sus proyectos, de próxima aparición.
- Svampa, M. (2004): “Intelectuales, Countries y Piqueteros”. Publicado en Revista: *LA VACA* (Fecha publicación: 22/06/2004)
- Sousa Santos, B. de (2005): *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*. Miño y Dávila editores/ Laboratorio de Políticas Públicas Buenos Aires. Buenos Aires.
- Sousa Santos, B. de (2003) *Un discurs sobre les ciències*. Denes, València
- Sousa Santos, B. de (2002): “Os horizontes são humanos: da regulação à emancipação. Parte II”. En: *A crítica da razão indolente: contra o desperdício da experiência. Para um novo senso comun. A ciencia, o direito e a política na transição paradigmática*. Cortez Editora, São Paulo. (La traducción de los párrafos citados es de Alejandra Martinetto)
- Sousa Santos, B. de: *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Siglo del Hombre Editores / Universidad de los Andes, Bogotá, 1998.
- Varsavsky, Oscar (1969): *Ciencia, Política y Cientificismo* Ediciones de la Feria. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. Argentina. Noviembre
- Verón, E: “Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina” en *Ciencias Sociales: Ideología y realidad nacional*, Edit. Tiempo contemporáneo, 2ª ed., Buenos Aires, 1974
- Vilas, C. M. (1990) “Sobre cierta ‘interPretrasción’ de la intelectualidad latinoamericana”. En: *Revista Nueva Sociedad*, Nro.107 Mayo- Junio 1990, PP. 121-130.
- Wallerstein, I. (2002): “El Rol de los intelectuales en una época en transición”, cap. 8 en: “*Un mundo incierto*”. Ed. Zorzal, Buenos Aires.
- Wallerstein, I. (2000): *Sistema-Mundo y Movimientos Sociales, lo que viene...* Entrevista realizada por Oyandel en el marco del Foro Social Mundial de Porto Alegre, Brasil, 2000.
- Wallerstein, I. (1999): *El fin de las certidumbres y los intelectuales comprometidos*. Discurso realizado al recibir el doctorado *honoris causa* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 23/09/99.
- Wallerstein, I. (1995): “La reestructuración capitalista y el sistema-mundo”. Conferencia magistral en el XXº Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, 2 al 6 de octubre de 1995

- Wallerstein, I (1995): *The modern World System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York: Academic Press.
- Zibechi, Raúl (2003) *Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos*. OSAL, CLACSO

Documentos

Subcomandante Marcos. "En los escombros del Estado-nación" publicado en la revista política mexicana *Rebeldía*. De La Jornada. Especial para Página/12. Julio 2003

Biografías y Vidas, 2004: Immanuel Wallerstein.

Acerca de las autoras:

Judith Naidorf es Doctora de la Universidad de Buenos Aires, área Ciencias de la Educación. Investigadora de Conicet con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Directora del proyecto UBACYT F606 "Consideraciones equívocas sobre la pertinencia social de la universidad según las culturas académicas en Argentina, Brasil, México y Canadá" (2008-2010). Durante el período 1/9/07 al 31/08/08 Directora del Proyecto PICT 25508 financiado por Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Título del Proyecto: Universidad y Sociedad: un abordaje a través de las tensiones y complejidades de la noción de pertinencia (2006-2008) en reemplazo por año sabático en Francia de Francisco Naishtat. Responsable del Sub-área : Los efectos de la privatización del conocimiento y del modelo de venta de servicios sobre la cultura académica en el UBACYT código 035 "Aportes al campo de la sociología de la educación crítica en argentina hoy: dimensiones de la experiencia social y la experiencia escolar de adolescentes y jóvenes y dimensiones del vínculo emergente entre la universidad y la sociedad" (2004-2007) Directora: Silvia Llomovatte.

Docente de la asignatura "Educación I Análisis sistemáticos de los procesos y acciones educativas". Ha dictado el seminario "Mercantilización y privatización del conocimiento en las universidades públicas en el Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. Profesora del seminario de posgrado "la Universidad como organización" de la Universidad Tecnológica Nacional. Obtuvo las becas Faculty Research Program del International Council for Canadian Studies en 2002 y 2009 para la realización de estudios comparados entre universidades públicas Argentinas y Canadienses. Becaria Doctoral (2001-2005) y Posdoctoral (2006-2008) del Conicet. Entre su experiencia en formación de investigadores se destacan dirección de tesis y becas.

Alejandra B. Martinetto es Magister en Políticas Sociales y Especialista en Planificación y Gestión de Políticas Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales UBA y Licenciada en Cs de la Educación de la FFyL, UBA. Es Tesista del Doctorado en Educación de la Facultad de Filosofía y Letras UBA. Directora: M. A. Silvia Y. Llomovatte.

En investigación se desempeña como responsable de una sub-área en el: UBACyT código F-089 (2008-2010): "SOCIOLOGIA DE LA EDUCACION Y COMPROMISO SOCIAL. Directora: Silvia Llomovatte. (Actual), en F035 (2004-2007). Integrante de proyectos UBA desde el año 2002. En el Laboratorio de Políticas Públicas, sede Buenos Aires, LPP, como Investigadora asistente en el proyecto *Experiencias Internacionales en Políticas de acción afirmativa en Educación Superior*, en el marco del OLPEd (2005). Participante en el proyecto *Directorio Latinoamericano De Organizaciones De Defensa De La Escuela Pública*, en el marco del OLPEd conjuntamente con el FLAPE (2004-05) <http://www.lpp->

uerj.net/olped/directorio_olped.asp. Investigadora asistente en el proyecto: *La Conflictividad docente en América Latina*, equipo del LPP Buenos Aires conjuntamente con el LPP Río de Janeiro. Proyecto patrocinado por la UNESCO- OREALC.(2003- 2004)
 Becaria del Dpto de Educ del Centro Cultural de la Cooperación (2005-07).
 Es Jefe de Trabajos Prácticos (DSe) de la materia: Historia Social, de la cátedra: *Historia de la Cultura*, en el Dpto. de Artes Visuales del Instituto Universitario Nacional de Arte (IUNA), Titular: Lic. Méndez Cherey. (2006 y cont). Adcripta de *Educación I. Análisis sistemático de los procesos y acciones educativas*”, de la carrera de Cs de la Educación, F.F. y L., UBA. (Titular: MA. Silvia Llomovatte) (2004 y cont). 2008. UBA. Facultad de Filosofía y Letras. Integrante del equipo docente del seminario, Ayudante de TP: *Problemas y corrientes contemporáneas en Teoría de la Educación: Gramsci y la educación I*. Responsable: Prof. Flora Hillert. En posgrado: 2008. Universidad Tecnológica Nacional. Facultad Regional de Buenos Aires. *Docente invitada en el seminario La Universidad como Organización* perteneciente a la Maestría en Docencia Universitaria, a cargo de la Dra. Silvia Grimberg. Es profesora de nivel Superior en los profesorado para la Enseñanza Primaria y Enseñanza Inicial de la Escuela Normal Superior N° 7, “José María Torres”, de la ciudad de Buenos Aires en las asignaturas: *Historia social y Política de la Educación Argentina* y *Nuevos escenarios: cultura, tecnología y subjetividad*.

Silvina A. Sturniolo es doctoranda Universidad de Buenos Aires – Facultad de Filosofía y Letras. Es Licenciada en Ciencias de la Educación, Universidad de Buenos Aires – Facultad de Filosofía y Letras. 2005 y Profesora de Educación Preescolar, Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas “Presidente Roque Sáenz Peña”. 1996.

En investigación se desempeña como Investigadora tesista del Proyecto UBACyT (programación científica 2008-2010) *Sociología de la educación y compromiso social. Dimensiones y debates en el campo de la vinculación universidad – sociedad. Dimensiones y debates socioeducativos en el campo de la formación de trabajadores*. Directora: Silvia Llomovatte.(FFyL-IICE)

Es Becaria Doctoral Conicet (IICE - UBA). Directora Silvia. Y. Llomovatte. Proyecto *Universidad Y Territorialidad: Nuevos abordajes a la Formación de Grado Y Postgrado en Argentina*. Directora Silvia. Y. Llomovatte

Es Docente del seminario *de Investigación sobre la Práctica Docente*. UBA. Facultad de Ciencias Sociales. Docente de la asignatura *Educación I Análisis sistemáticos de los procesos y acciones educativas*. UBA- Facultad de Filosofía y Letras. Docente invitada en el seminario *La Universidad como Organización* Universidad Tecnológica Nacional. Facultad Regional de Buenos Aires. Ha dictado el seminario "Mercantilización y privatización del conocimiento en las universidades públicas en el Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires.

Julieta Armella es doctoranda Universidad de Buenos Aires – Facultad de Filosofía y Letras. Es Licenciada en Ciencias de la Educación, Universidad de Buenos Aires – Facultad de Filosofía y Letras. Es becaria de doctorado - UBA 2009-2012, directora: M. A. Silvia Y. Llomovatte y co-directora Silvia M. Grimberg. En investigación se desempeña como Investigadora tesista del Proyecto UBACyT (programación científica 2008-2010) *Sociología de la educación y compromiso social. Dimensiones y debates en el campo de la vinculación universidad – sociedad. Dimensiones y debates socioeducativos en el campo de la formación de trabajadores*. Directora: Silvia Llomovatte.(FFyL-IICE). Fue Becaria del Dpto de Educación del Centro Cultural de la Cooperación (2004-07).

archivos analíticos de políticas educativas

Volumen 18 Número 25

20 de Octubre 2010

ISSN 1068-2341



Los/as lectores/as pueden copiar, mostrar, y distribuir este artículo, siempre y cuando se de crédito y atribución al autor/es y a Archivos Analíticos de Políticas Educativas, se distribuya con propósitos no-comerciales, no se altere o transforme el trabajo original. Más detalles de la licencia de Creative Commons se encuentran en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0> Cualquier otro uso debe ser aprobado en conjunto por el autor/es, o AAPE/EPAA. AAPE/EPAA es publicada por el *Mary Lou Fulton Institute and Graduate School of Education, Arizona State University*. Los artículos que aparecen en AAPE son indexados en EBSCO Education Research Complete, [Directory of Open Access Journals](#), ERIC, H.W. WILSON & Co, QUALIS – A 2 (CAPES, Brazil), SCOPUS, SOCOLAR-China.

Contribuya con comentarios y sugerencias en <http://epaa.info/wordpress/>

Por errores y sugerencias contacte a Fischman@asu.edu.

archivos analíticos de políticas educativas
consejo editorial

Editor: **Gustavo E. Fischman** (Arizona State University)

Editores. Asociados **Alejandro Canales** (UNAM) y **Jesús Romero Morante** (Universidad de Cantabria)

- Armando Alcántara Santuario** Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM México
- Claudio Almonacid** Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Chile
- Pilar Arnaiz Sánchez** Universidad de Murcia, España
- Xavier Besalú Costa** Universitat de Girona, España
- Jose Joaquin Brunner** Universidad Diego Portales, Chile
- Damián Canales Sánchez** Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación, México
- María Caridad García** Universidad Católica del Norte, Chile
- Raimundo Cuesta Fernández** IES Fray Luis de León, España
- Marco Antonio Delgado Fuentes** Universidad Iberoamericana, México
- Inés Dussel** FLACSO, Argentina
- Rafael Feito Alonso** Universidad Complutense de Madrid. España
- Pedro Flores Crespo** Universidad Iberoamericana, México
- Verónica García Martínez** Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México
- Francisco F. García Pérez** Universidad de Sevilla, España
- Edna Luna Serrano** Universidad Autónoma de Baja California, México
- Alma Maldonado** Departamento de Investigaciones Educativas, Centro de Investigación y de Estudios Avanzados, México
- Alejandro Márquez Jiménez** Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM México
- José Felipe Martínez Fernández** University of California Los Angeles, USA
- Fanni Muñoz** Pontificia Universidad Católica de Perú
- Imanol Ordorika** Instituto de Investigaciones Económicas – UNAM, México
- Maria Cristina Parra Sandoval** Universidad de Zulia, Venezuela
- Miguel A. Pereyra** Universidad de Granada, España
- Monica Pini** Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- Paula Razquin** UNESCO, Francia
- Ignacio Rivas Flores** Universidad de Málaga, España
- Daniel Schugurensky** Universidad de Toronto-Ontario Institute of Studies in Education, Canadá
- Orlando Pulido Chaves** Universidad Pedagógica Nacional, Colombia
- José Gregorio Rodríguez** Universidad Nacional de Colombia
- Miriam Rodríguez Vargas** Universidad Autónoma de Tamaulipas, México
- Mario Rueda Beltrán** Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM México
- José Luis San Fabián Maroto** Universidad de Oviedo, España
- Yengny Marisol Silva Laya** Universidad Iberoamericana, México
- Aida Terrón Bañuelos** Universidad de Oviedo, España
- Jurjo Torres Santomé** Universidad de la Coruña, España
- Antoni Verger Planells** University of Amsterdam, Holanda
- Mario Yapu** Universidad Para la Investigación Estratégica, Bolivia

arquivos analíticos de políticas educativas
conselho editorial

Editor: **Gustavo E. Fischman** (Arizona State University)
Editores Associados: **Rosa Maria Bueno Fisher** e **Luis A. Gandin**
(Universidade Federal do Rio Grande do Sul)

- | | |
|--|---|
| Dalila Andrade de Oliveira Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil | Jefferson Mainardes Universidade Estadual de Ponta Grossa, Brasil |
| Paulo Carrano Universidade Federal Fluminense, Brasil | Luciano Mendes de Faria Filho Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil |
| Alicia Maria Catalano de Bonamino Pontifícia Universidade Católica-Rio, Brasil | Lia Raquel Moreira Oliveira Universidade do Minho, Portugal |
| Fabiana de Amorim Marcello Universidade Luterana do Brasil, Canoas, Brasil | Belmira Oliveira Bueno Universidade de São Paulo, Brasil |
| Alexandre Fernandez Vaz Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil | Antônio Teodoro Universidade Lusófona, Portugal |
| Gaudêncio Frigotto Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Brasil | Pia L. Wong California State University Sacramento, U.S.A |
| Alfredo M Gomes Universidade Federal de Pernambuco, Brasil | Sandra Regina Sales Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro, Brasil |
| Petronilha Beatriz Gonçalves e Silva Universidade Federal de São Carlos, Brasil | Elba Siqueira Sá Barreto Fundação Carlos Chagas , Brasil |
| Nadja Herman Pontifícia Universidade Católica – Rio Grande do Sul, Brasil | Manuela Terrasêca Universidade do Porto, Portugal |
| José Machado Pais Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa, Portugal | Robert Verhine Universidade Federal da Bahia, Brasil |
| Wenceslao Machado de Oliveira Jr. Universidade Estadual de Campinas, Brasil | Antônio A. S. Zuin Universidade Federal de São Carlos, Brasil |

education policy analysis archives
editorial board

Editor **Gustavo E. Fischman** (Arizona State University)

Associate Editors: **David R. Garcia** & **Jeanne M. Powers** (Arizona State University)

Jessica Allen University of Colorado, Boulder

Gary Anderson New York University

Michael W. Apple University of Wisconsin,
Madison

Angela Arzubiaga Arizona State University

David C. Berliner Arizona State University

Robert Bickel Marshall University

Henry Braun Boston College

Eric Camburn University of Wisconsin, Madison

Wendy C. Chi* University of Colorado, Boulder

Casey Cobb University of Connecticut

Arnold Danzig Arizona State University

Antonia Darder University of Illinois, Urbana-
Champaign

Linda Darling-Hammond Stanford University

Chad d'Entremont Strategies for Children

John Diamond Harvard University

Tara Donahue Learning Point Associates

Sherman Dorn University of South Florida

Christopher Joseph Frey Bowling Green State
University

Melissa Lynn Freeman* Adams State College

Amy Garrett Dikkers University of Minnesota

Gene V Glass Arizona State University

Ronald Glass University of California, Santa Cruz

Harvey Goldstein Bristol University

Jacob P. K. Gross Indiana University

Eric M. Haas WestEd

Kimberly Joy Howard* University of Southern
California

Aimee Howley Ohio University

Craig Howley Ohio University

Steve Klees University of Maryland

Jaekyung Lee SUNY Buffalo

Christopher Lubienski University of Illinois,
Urbana-Champaign

Sarah Lubienski University of Illinois, Urbana-
Champaign

Samuel R. Lucas University of California,
Berkeley

Maria Martinez-Coslo University of Texas,
Arlington

William Mathis University of Colorado, Boulder

Tristan McCowan Institute of Education, London

Heinrich Mintrop University of California,
Berkeley

Michele S. Moses University of Colorado, Boulder

Julianne Moss University of Melbourne

Sharon Nichols University of Texas, San Antonio

Noga O'Connor University of Iowa

João Paraskveva University of Massachusetts,
Dartmouth

Laurence Parker University of Illinois, Urbana-
Champaign

Susan L. Robertson Bristol University

John Rogers University of California, Los Angeles

A. G. Rud Purdue University

Felicia C. Sanders The Pennsylvania State
University

Janelle Scott University of California, Berkeley

Kimberly Scott Arizona State University

Dorothy Shipps Baruch College/CUNY

Maria Teresa Tatto Michigan State University

Larisa Warhol University of Connecticut

Cally Waite Social Science Research Council

John Weathers University of Colorado, Colorado
Springs

Kevin Welner University of Colorado, Boulder

Ed Wiley University of Colorado, Boulder

Terrence G. Wiley Arizona State University

John Willinsky Stanford University

Kyo Yamashiro University of California, Los Angeles

* Members of the New Scholars Board

